



*La Academia en Italia a los XXV años  
de su fundación.  
Crónica de un viaje*

FELICIANO CORREA

La narración pormenorizada del viaje que la Real Academia de Extremadura realiza a Italia cuando el calendario señalaba los últimos días de octubre y primeros de noviembre de 2005, podría resultar tediosa, habida cuenta de la intensidad de actividades. Por ello hemos optado aquí por glosar de una manera amable las circunstancias y pulso de unos días, sin excesivas pormenorizaciones, a fin de dejar memoria de ese acontecimiento, pretendiendo que perviva, por encima del dato, una serie de secuencias que hagan más comprensible para el lector el desarrollo de aquellas jornadas. No obstante, para que la presente crónica esté suficientemente contextualizada, nos hemos parado en los lugares objeto de nuestro recorrido, lo que, por otra parte, enriquece la información suministrada.

Aunque el primer día de visita estaba previsto entrar en el complejo museístico del Vaticano, no fue posible hacerlo en ese momento, la mañana del 31 de octubre, por lo que comenzaré esta crónica refiriéndome a otra visita. Más adelante mencionaré el recorrido por San Pedro y sus museos. Así que permítanme que inicie con el recuerdo de la llegada de este grupo de españoles a un edificio español.

## I. LA REAL ACADEMIA DE ESPAÑA EN ROMA (COMO EN CASA)

---

El día 30 de octubre partimos desde Barajas para llegar al aeropuerto romano de “Fiumicino” sobre las 22 horas. Va a ser al día siguiente, el 31, cuando se emprenderían una serie de recorridos y actos de mucho interés. Pero, déjenme que me pare ahora en el significado y asuntos sobre la Academia de España, uno de los lugares primeros que visitamos. Nos recibió la propia directora, doña Rosario Otegui, asistida de cerca por el secretario de la institución, don Enrique de Álvaro, a los que saludamos en la explanada de acceso y allí mismo realizamos una serie de fotografías, entre otras, el acto en la terraza, con Roma a los pies, donde el director de la Real Academia de Extremadura, acompañado del secretario perpetuo, don Manuel Terrón y del censor, don Francisco Tejada, hicieron entrega a la citada Sra. Otegui de un facsímil del manuscrito que en la Biblioteca Nacional está datado con el nº. 1.642, y que corresponde a “Las reglas de perspectiva” de Vignela, comentadas y traducidas por el escultor y arquitecto toscano Salvador Muñoz, y en edición de nuestro compañero Francisco Tejada Vizuete.

La Real Academia de España en Roma fue fundada en 1873, gracias al impulso que desde unos años antes había llevado a cabo, siendo ministro de la I República española don Emilio Castelar. También valieron los buenos oficios del entonces embajador de España en Italia, el conde Coello de Portugal. Fue éste el responsable de la ubicación de la Real Academia de España en San Pietro in Montorio. La creación del Estado italiano favoreció las relaciones con la incipiente república española. Luego los gobiernos de la Restauración le apoyaron y se inauguró en 1881, bajo el reinado de Alfonso XII.

La visita al centro fue muy divertida, hasta un tanto familiar diría yo, por los nombres de residentes ilustres en esa institución, algunos tan ligados a nosotros como Enrique Pérez Comendador, que dejó ahí muestra de su talento escultórico, como esa obra hecha de mortero especial creada por el propio escultor.

Es bien sabido que la razón de este organismo es acoger becarios de diferentes especialidades, para su mejor formación. Ha sido una cantera prestigiosa de artistas e intelectuales. Si tuviéramos que escribir la historia de la cultura española en estos últimos 133 años desde su fundación, no podría hacerse con precisión sin referirnos a no pocos de los que por aquí han pasado. Así lo confirmaba nuestro compañero Julián Pérez

Muñoz, presente en la visita, cocicerone y entusiasta del lugar sobre el que comentaba recuerdos y acontecimientos allí vividos durante su estancia como becado.

Desde lo alto de la colina del *Gianicolo*, que domina la ciudad al otro lado del río Tíber, celebramos charlando la preciosidad del enclave y la bonanza de la tarde romana.

El edificio se configura en torno al antiguo claustro renacentista del monasterio, en cuya galería inferior se encuentra una interesante serie de lunetos pintados al fresco en torno a 1585 por Nicolo Circignani, llamado "*il Parmarancio*", donde se cuenta la vida y obra de San Francisco de Asís.

Los jardines de la Academia nos retornan a la época romántica que con sus árboles centenarios inspiran al que allí llega. Altos, son visibles desde la ciudad, y están divididos por una vía peatonal que sirve de acceso de la Academia al Trastevere.

Teníamos una sensación hogareña, con ese sabor casero y cercano que nos surge dentro cuando reconocemos el aire familiar y próximo. Ese regusto se repetirá en otros enclaves romanos, no en balde la ciudad alberga hasta doscientos edificios de titularidad española.

Algo que nos resultó entrañable fue encontrar las pinturas de todos los escudos de nuestras provincias en una galería del patio. Al verlos allá, reunidos, mirando cómo pasa la historia, parece anacrónico y un desatino impropio, esa fiebre revisionista actualmente en marcha sobre la gran nación española, reconocida sin timideces ni cuestionamientos en el exterior y sometida a debates falsificados, con argumentos más de interés político y económico que de fundamentos jurídicos o de necesidad demandados dentro de nuestro país.

Un hórreo viejo, que se quiso vender como restos de un templo arcaico y el Estado italiano lo capturó en el océano y finalmente se entregó a España, sorprendió a todos, hasta la arquitectura vernácula se hacía allí presente.

Esa estampa ponía un toque meloso y añorante. Sus bloques graníticos, viniendo al calendario, nos devolvían a la España ancestral, profunda y permanente, la de Baroja, la de Sánchez Albornoz y Américo Castro. Llegó esta pieza a la Academia siendo director de la misma Juan Carlos Elorza.

Juan Ovando, compañero de expedición, me refiere al hablar de los pintores españoles, la existencia de un retrato realizado por Timoteo Pérez Rubio sobre Pilar Pérez de Guzmán, la propietaria de la afamada Dehesa de la Cresa, sita en Jerez de los Caballeros, donde vivieron señores de horca y cuchillo por haber comprado tal jurisdicción a la Corona.

Salimos fuera y miramos otra vez a Roma, a la Roma recrecida seis metros por encima del suelo del Imperio. Roma eterna, que tenía un casco histórico donde vivía un millón de habitantes. La ciudad más cosmopolita y multicolor del mundo. Tal vez por ello nuestro compañero Jaime de Jaraíz llevaba una cámara fotográfica excelente, capaz de hacer cientos de fotografías “sin repostar”. Y ahí anduvo siempre, al quite, a lo largo de todo el viaje, proporcionándonos luego una copia a cada uno de los viajeros que se la solicitamos.

Contando con tan ilustres cicerones, igualmente nos gozamos en *El tempietto de Bramante*, como se conoce mundialmente a una de las obras arquitectónicas emblemáticas del mejor Renacimiento. Su valor no es sólo por su conformación tan conseguida sino por la influencia que va a ejercer sobre la Historia del Arte y de la Arquitectura.

Sufragada con rentas provenientes de la Corona de Aragón a partir de 1502, fue encargada por los Reyes Católicos, que para agradecer el nacimiento de su hijo Juan se concretó la gratitud con la erección de la Iglesia de San Pietro in Montorio y de esta capilla de la crucifixión de San Pedro.

Hablamos de un pequeño templo –de ahí su nombre, *Tempietto*– de 11 metros de diámetro, rodeado de 16 columnas dórico-toscanas en planta baja, de granito gris, asentada sobre una basa escalonada y que sostiene un friso de triglifos y metopas con símbolos litúrgicos. Se remata todo con una cúpula de media naranja con cubierta rehecha a principios del siglo XVII, durante el reinado de Felipe III.

En el interior se encuentra la capilla y debajo la cripta, con profusa decoración de estucos de mediados del siglo XVII en escenas de la vida de San Pedro y de los Hechos de los Apóstoles. Ahí se ve el orificio que la tradición atribuye como el lugar donde se clavó la cruz donde murió San Pedro.

Este edificio es el único que se llegó a construir del plan diseñado por el arquitecto Donato Bramante para el complejo de San Pietro in Montorio. El *Tempietto* nos encandiló y recordamos allí mismo cómo Bramante retoma el modelo circular de raíz clásica.

El otro edificio al que brevemente nos hemos de referir en la visita es la Iglesia de San Pietro in Montorio. En 1472 el Beato español Amadeo Menes da Silva consigue, gracias a una bula de Sixto IV, autorización para elevar un monasterio franciscano. Fue posible por la ayuda del rey Luis IX de Francia y la más enjundiosa de los Reyes Católicos, que no se interrumpió, lo que explica que España mantenga el

patronazgo de esa fundación franciscana. La fachada es de piedra, sobria, con una gran cornisa central y el escudo de España.

La tarde caía sobre los dominios italianos y españoles, y en la tertulia al aire libre, el doctor José Luis Gómez Sierra se regocijaba con su compañera, Carmen Márquez de la Cruz, por el tono amable y cercano de la audiencia, donde la Real Academia de las Letras y las Artes de Extremadura había sido recibida por aquella Academia española y romana que tanto posibilitó la consagración de algunos artistas que en ella se formaron.

Déjenme cerrar este primer relato con uno de los hechos que demostraba nuestro permanente contacto con España, así como la inmediatez en la comunicación de los sucesos. Nada más llegar a Roma, Manolo Pecellín se comunicó telefónicamente con Cintia, su mujer, y supimos entonces del fallecimiento del escritor extremeño y amigo, Bernardo Víctor Carande. Esa noche el propio Pecellín redactó, a solicitud de Santiago Castelo y para ABC, una cumplida necrológica que remataba diciendo que Carande “fue un entusiasta de la creación artística en cualquiera de sus manifestaciones y, sobre todo, un espíritu crítico e independiente”.

## II. IGLESIA DE SANTA MARÍA DE MONTSERRAT (RECUERDOS DE ALFONSO XIII)

---

Se había programado que el día 1 de noviembre visitáramos la Iglesia de Montserrat, y ser recibidos por el historiador Padre Novalín, rector de dicha iglesia. La visita del lugar, tras deambular por los alrededores y haber paseado en la tarde por la Plaza Navona, con la fuente de Bernini, o las iglesias de Santa Inés o San Luis de los Franceses, con impresionantes pinturas de Caravaggio y otros, recalamos en la Iglesia *Santa María in Monserrato degli Spagnoli*, que tiene desde el año 2003 Título Cardenalicio y es, actualmente, la Iglesia Nacional de España en Roma.

Ofició la Misa el canónigo y académico Francisco Tejada, en una ceremonia íntima, como diseñada para el sosiego. La iglesia que nos alberga nace por la fusión, en 1803, de dos instituciones semejantes fundadas a finales de la Edad Media como centros de acogida para peregrinos españoles. Una de ellas, *Santiago y San Ildefonso de los Españoles*, en Piazza Navona, fundada en el siglo XV por el salmantino Alfonso de Paradinas, nombrado en 1469 obispo de Ciudad Rodrigo, y que acogía principalmente a los necesitados procedentes del reino de Castilla. La otra, *Santa María*

*de Montserrat*, dotada por la barcelonesa Jacoba Ferrándiz y la mallorquina Margarita Pau, atendía a los del reino de Aragón. Tras cerrarse en 1798 la Iglesia de Montserrat, aprobó Pío VII en 1807 su unión canónica con la de Santiago, luego clausurada y vendida, por lo que quedó, finalmente como única iglesia titular la de Montserrat, con la denominación de Iglesia Nacional de Santiago y Montserrat.

El proyecto es de Antonio de Sangallo, el Joven, del siglo XVI, donde intervinieron otros (Bernardino Valperga, Francesco da Volterra...) que respetaron el proyecto original.

La primera piedra se puso en 1518.

Tiene interés el interior por ser la primera iglesia de Roma proyectada en nave única rectangular, con profundo ábside y flanqueada por tres capillas de planta cuadrada a cada lado, rematadas por cúpulas.

Santiago Castelo, tan atento siempre a los intereses de cada miembro de nuestra Real Academia, me llama la atención y acudo. En efecto, en la primera capilla de la derecha, concedida en 1590 a Bernardino Rocci, de quien se conserva la lápida sepulcral y, en la clave del arco el escudo de la familia, veo, a la derecha, el mausoleo de los papas españoles de la familia Borgia, Calixto III y Alejandro VI. Pero debajo, y este es el punto de interés que me señala Castelo, está el cenotafio del rey de España Alfonso XIII, que murió en 1941, y cuyos restos fueron trasladados en 1980 al Panteón de Reyes de El Escorial. He ahí cómo la presencia de España en Italia se manifiesta a veces con tal rotundidad que no es el asunto un detalle circunstancial, sino que tales testimonios contundentes nos hacen ver que la larga mano de la fuerza española prorroga su presencia todavía y hace que casi por una razón genética, o de antigüedad histórica, esos sitios sean con toda razón sitios españoles.

En la tercera capilla de la izquierda se encuentra una estatua de Santiago el Mayor, de Jacobo Tatti, el Sansovino (+1570). La voz de la historia mantiene también ahí al patrón de España, sin estúpidos complejos y vergonzantes poses, como ocurre en nuestro país, donde una malentendida conveniencia política fuerza a querer disimular lo que fuimos, inconscientes tales mentores de que la historia no puede camuflarse, todo lo más explicarse, y que de nada sirve acabar con los “Santigos Matamoros” si los hombres no podemos regresar para modificar los hechos.

### III. UNA MAGNÍFICA GALERÍA (CON LA PRESENCIA DEL MINISTRO MORATINOS)

---

No puedo dejar de señalar el placer que nos produjo a todos la visita a la Galería Borghese. Está considerada como la “reina de todas las colecciones privadas”. Se encuentra ubicada en una mansión de recreo, el Casino o residencia de verano de la Villa Borghese. Nos dimos cuenta de la gran expectación, mientras esperábamos y paseábamos por tan cuidados y afortunados jardines, donde veíamos a estudiantes o a músicos tocando sus instrumentos gozando de una mañana deliciosa, como de encargo.

Vimos, casi al entrar, seis obras de Caravaggio y la impresionante Virgen de la Serpiente. Las piezas reunidas en el lugar representan los gustos personales del cardenal Scipione Borghese, nacido en 1579 y fallecido en 1633. Era sobrino del papa Pablo V, un experto en arte que aprovechó sus influencias para reunir, durante más de veinticinco años, piezas de afamados nombres como Bernini, Rubens o el citado Caravaggio.

La colección ocupa dos plantas y un total de 20 salas. Antonio Canova realizó la estatua de Paulina Bonaparte Borghese, que ahí se titula *Venus victoriosa*.

Todo es bello en el lugar, todo produce expectación. Muchos de mis compañeros expertos en estas bellas artes, no se cansaban de mirar, sugerir, comentar y recrearse en el placer de dedicar un tiempo a comprender la grandeza que puede alcanzar la genialidad. Así sucedía al chequear las tallas barrocas del joven Gianlorenzo Bernini. Nadie ha sido capaz de superar su capacidad para trabajar el mármol. Recuerdo que una vez que salí de la sala, regresé de nuevo para contemplar el Rapto de Proserpina, en la que la mano de Plutón aprieta el muslo de Proserpina con tal realismo que dudas que la textura lograda pueda alcanzarse trabajando la piedra. Casi otro tanto ocurría al contemplar el dramatismo en Apolo y Dafne, que representa el momento en que la ninfa se transforma en un laurel.

La pinacoteca del piso superior está repleta de obras maestras. Ahí vi con cuánta unción se paraba Manolo Terrón con Manolo Pecellín, y un poco más allá José Luis Gómez Sierra junto a Julián Pérez Muñoz, y escuché los comentarios del experto en pintura Juan Ovando. No era para menos, ahí mismo, ante nuestros ojos, el Descendimiento, de Rafael; el Amor sagrado y amor profano, de Tiziano; o Venus y Cupido, de Cranach.

Jaime de Jaraíz y yo nos dimos un paseo bajo la arboleda para liberarnos del empaño artístico y comentar tanta grandeza junta. Tanta ha sido que a pesar de expolios, ventas y otros incidentes, la Galleria Borghese es un lugar todavía a nuestro alcance. Prueba de ese sentido de unidad que siempre caracterizó a los españoles cuando están fuera de España, es la afabilidad con que nos saludó en la escalinata de la galería el propio ministro de Asuntos Exteriores de España, Miguel Ángel Moratinos. Le advertí yo mismo de la presencia de la Real Academia en aquel lugar, y no dudó en bajar la escalinata y aproximarse hasta nosotros, preguntando a Santiago Castelo por el motivo de nuestro viaje y contándole el Sr. Moratinos a nuestro director que había aprovechado el puente festivo para acudir en visita privada a Roma. Política aparte, el ministro intentó ser lo más atento con nosotros y es justo reseñarlo.

El día 2 de noviembre despertamos en Roma con el propósito de aprovechar el día. El programa preparado por nuestros compañeros Terrón y Vizuete era intenso, lo que nos hacía comenzar la jornada bien temprano, en autobús propio, aunque luego deberíamos regresar por nuestra cuenta hasta el hotel, en este caso el Aran Park Hotel, situado en la vía Riccardo Forster, 24. En esos viajes de regreso por la noche, un taxista italiano pensó que podía hacer “la carrera del día”, proyectando una tournée con nuestros compañeros Jaime de Jaraíz y Julián Pérez Muñoz, ambos acompañados de sus compañeras, María Dolores y María José. Tomaron el automóvil en las proximidades de la Plaza de España y notando el despierto de Jaime que ya habían pasado dos veces por el mismo sitio señaló al taxista cómo estaba dándoles un rodeo innecesario. El italiano se sintió descubierto, paró el taxi antes de concluir el trayecto y quiso bajar a sus ocupantes. Se negaron y permanecieron dentro del vehículo, a pesar de la insistencia del taxista para que descendieran. Ya en el hotel, al llegar, fuimos testigos de la “furia española” de Jaime de Jaraíz, que la emprendió con tal énfasis que el taxista salió por piernas, no sé si abochornado, pero sí enterado porque aunque Jaime le increpaba en castellano, su gesticulación formaba parte del lenguaje universal.

Supimos por Castelo, que mantenía permanente línea con su ABC, en Madrid, cómo el día 1 se había agotado toda la prensa española en Roma, el motivo era el nacimiento de la Infanta Leonor y la elevada curiosidad que la ciudad siente por los asuntos españoles en general y por la familia real española en particular. No olvidemos, por señalar un sólo dato, que nuestro rey Juan Carlos I vino al mundo en Roma el día 5 de enero de 1938. En verdad ABC nos prestó un buen servicio para completar nuestra estancia. Los buenos oficios del corresponsal de este periódico, Juan Vicente Boo, nos sirvió, entre otras cosas, para recibir el saludo de Benedicto XVI a



las 10'40 horas del día 2, asunto que recogió L'Osservatore Romano en su número 257 (44.094) del Anno CXLV, correspondiente al miércoles y jueves (días 2 y 3 de noviembre de 2005), cuando bajo el epígrafe referido a la audiencia *Di lingua spagnola*, señala el periódico "Queridos hermanos y hermanas, saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, en particular a los Académicos de Extremadura".

El día comenzó a extender una niebla somera sobre la ciudad, como si la meteorología quisiera tener un cierto respeto y recuerdo al día de los difuntos.

#### IV. SAN CARLINO DE LAS CUATRO FUENTES (LA GRANDEZA EN PEQUEÑO)

---

Uno de esos gozos singulares, donde se produce dentro de cada uno el reencontro con la historia propia, junto al orgullo de pertenecer a un país que ha pilotado acontecimientos de primera línea en el discurrir del mundo, fue llegar al diminuto lugar de San Carlino. Fue, en verdad, un gozo, pero vayamos primero a la descripción del espacio, antes de adentrarnos en la explicitación de los sentimientos que emergieron en nosotros en esa tarde.

El conjunto monumental de San Carlino alle Quattro Fontane se encuentra situado en el cruce que forman la antigua Via Pia (hoy Via del Quirinale) y el eje de la Strada Felice (hoy Via delle Quattro Fontane). Es unánime la consideración del lugar como joya del barroco y obra maestra de Francesco Borromini.

El sitio está regentado por los PP. Trinitarios españoles, que en 1634 encargaron al arquitecto, que entonces tenía 34 años de edad, realizar un proyecto propio, de tal forma que Borromini ofreció su trabajo gratuitamente a los frailes, con tal de realizarlo en plena libertad. La estrechez del lugar condicionaba mucho, piénsese que el espacio de la iglesia es semejante al perímetro de una columna de la basílica romana de San Pedro.

El archivo del convento conserva un patrimonio documental que ha permitido reconstruir con precisión las fases de las obras, programadas de acuerdo con las necesidades de los frailes. Es de gran interés el "Libro della Relazione e Fabbrica", escrito en 1650 por fray Juan de San Buenaventura.

Entre 1638 y 1641 se emprendió la compleja construcción de la Cripta, la Iglesia, las Capillas del Nazareno y Barberini y otros espacios complementarios (sacristía, coro, cocina...).

Nos acompañó en la visita el superior de la Comunidad de Trinitarios, el P. Pedro Aliaga, usando generosamente de su tiempo con nosotros y relatándonos los pormenores de esa tutela continuada sobre el edificio a lo largo de cuatrocientos años. Un centro dedicado a San Carlos Borromeo, que ya en 1609 era convento español.

Desde ese Monte Quirinal el enclave se observa esplendoroso, con una fuente exterior en cada esquina, estratégico emplazamiento que ha visto pasar a los papas cuando antes de ir a Castelgandolfo acudían a descansar en un lugar próximo a San Carlino. El papa Clemente VIII apoyó la reforma de los Trinitarios en 1599 y vio con muy buenos ojos su presencia en Roma, ya que ha sido ancestral costumbre que todas las órdenes religiosas tengan un convento en esa ciudad, porque ahí reside el papa, aunque en el caso de los PP.TT. ya se había establecido tempranamente en la ciudad el procurador general de la Orden. En las anotaciones del Libro de Fábrica se dice que en 1612 en el lugar había taberna y dos castros, y ahí mismo se hace iglesia.

Recordamos, como referencia de nuestro país, que en Baeza, Jaén, hay otro San Carlino, hoy adaptado para auditorium de música. Si bien es verdad que las dimensiones de la parcela impedían construir algo mayor, tal dificultad sin embargo vino a ser bien vista por los Trinitarios que habían recibido el mensaje de su fundador de no hacer iglesias que cuesten mucho. Así, en la que vemos, abundan los estucos y su fábrica es de ladrillo cocido y piedra. La señora Casilda de Iturriza, de Bilbao, aportó el mármol, y ese fue el que se gastó, y no se hicieron otras inversiones en piedra.

Borromini dejó aquí su propia tumba preparada, además de 600 ducados de limosna, pero como se suicidó no se enterró en el lugar previsto; los enterramientos en Roma se permitieron hasta el año 1870. Borromini descansa en San Juan de los Florentinos.

Un rato inolvidable fue subir a la biblioteca, a cuyos fondos hay que sumar los cedidos por el placentino Benavides Checa. Es un espacio también pequeño, todas las estancias son reducidas, intimistas como el propio ejercicio meditativo. Tiene la biblioteca la longitud del convento, aunque en el siglo XVIII se alargó un poco. Cuenta con 20.000 obras, de los siglos XVI a XIX, hay incunables. Vemos uno de 1496, luego comenzamos a trastear por los anaqueles, recuerdo que Manolo Pecellín sacó la Biblia Políglota, de Benito Arias Montano, en su primera edición, algunas fotografías nos hicimos en torno a tan bellos ejemplares, todo un lujo para cualquier investigador con tiempo.

Ahora se ha comenzado la catalogación y restauración de las obras, más tarde podrá saberse el contenido verdadero de este tesoro bibliográfico.

Como Borromini era de Suiza, ese país e Italia han ayudado a la restauración del inmueble, lo que muestra el interés por el personaje y la valoración que a los suizos les merece el lugar.

Nos despedimos manoseando una primera edición ilustrada de “El Ingenioso Hidalgo”, como para honrar a este 2005 que se nos escapa y desde aquel recinto de sosiego, donde tanta historia española se ha vivido, el IV Centenario de la primera aparición de la obra de Cervantes en 1605.

En la mañana del día 3 de noviembre acudimos para visitar los Museos Capitolinos. La bonanza del tiempo nos resultaba grata en los ratos libres, que no muertos; trasteábamos y conversábamos para respirar ante tanta emoción estética, nos entreteníamos en detalles menores, en esos gestos o rasgos que son complemento y a veces contrapunto para entender las grandes cuestiones que subyacen bajo una conclusión artística y monumental.

Éramos conscientes del valor de ese enclave museístico, que se abre como un escenario hacia la ciudad. Su configuración es el resultado de una acción milenaria donde el hombre escribía la historia con elementos de poder y de cultura. El Capitolio suponía el centro religioso y político más importante de la ciudad eterna.

Hoy se presenta como un espacio imprescindible e ineludible en la interpretación global del valor artístico de Roma y el mundo clásico. Tras la visita se tiene la sensación de haber sido partícipe en una ínfima medida de aquella historia sublime e irrepetible donde lo pagano y lo cristiano configuraron páginas que todavía, al recrearlas, nos sentimos sugestionados.

Tuvimos la fortuna de ser acompañados por la directora del lugar, doña Anna M. Sommella, con la que había tenido contactos previos la conservadora del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, Trinidad Nogales, y el director del mismo, nuestro compañero José María Álvarez Martínez.

La directora estuvo acompañada de cerca por el director de la Academia, Santiago Castelo, el cual le explicó el quehacer de nuestra corporación, las características de nuestra sede oficial en Trujillo, y el espíritu que anima a los académicos.

Las colecciones son sin duda el compendio más grandioso y armonioso que pueda imaginarse, configurado a partir del anhelo del Renacimiento que despertó al interés coleccionista. Estamos por tanto no sólo ante grandes obras, sino ante la historia de cómo se ha convertido cada una de ellas en pieza para la exhibición, tras no pocos inconvenientes, pérdidas y negocios.

La estatua ecuestre del emperador Marco Aurelio (161-180 d.C.) con una enorme fuerza expresiva, parece mostrar el poder omnímodo de Roma en el mundo, es la imagen del imperio a lomos de sus glorias, engalanando así la Plaza del Capitolio.

El regalo de tanta habilidad arquitectónica nos recreaba doblemente, tanto por las explicaciones de la Sra. Sommella, como por la excelente distribución y sentido pedagógico de las muestras. Desde las estatuas colosales, la expresión dolorida o triunfal de los guerreros y ese culto a la figura humana donde la habilidad artística renace y sobresale sobre la propia temática. Las Salas de los Emperadores, de los Filósofos, donde se han colocado bustos de poetas, filósofos y oradores de la Antigüedad griega cuyo rescate para este recinto es más que elogiado. Vemos ahí a Sócrates, representado según el modelo creado por Lisipo cincuenta años después de la muerte del filósofo, en base a la descripción que hizo de él su discípulo Platón. Y entre los bustos imperiales destaca por sus dimensiones y la habilidad en la ejecución el retrato de época republicana (siglo I a.C.) de Cicerón. Las enseñanzas del maestro parecían romper la corteza de nuestra memoria para hacerse presente en nuestra inteligencia con rasgos tan significativos.

En la Sala del Gladiador recordé al *Galo moribundo* sobre el que escribiera nuestra amiga Rosa María Lencero.

Desde el siglo XVI, en esta estancia donde ahora se encuentra y que antes existió una logia, se halla colocada la *Loba*. Por su simbolismo y popularización, la Loba ha pasado a ser como el logotipo de la ciudad y emblema que ayuda a comprender esa unión del animal con los gemelos, que explican, por las manos que lo trabajaron, el resultado en bronce de un experto etrusco, contando así la escultura con el origen mágico que requiere cualquier ensoñación histórica para ser sublimada.

Citemos por justicia a la notable pinacoteca capitolina, iniciada por voluntad de Benedicto XIV, al adquirirse las colecciones privadas de los marqueses Sacchetti y del príncipe Pio di Savoia.

En la entrada al Palacio de los Conservadores hay un epígrafe conmemorativo sobre la devolución al pueblo romano, por parte de Sixto IV en 1471, de cuatro antiguos broncees (la Loba, la cabeza colosal de Constantino –con la mano y el globo–, el Espinario y la denominada Gitana), este hecho constituye el origen de la primera colección pública de antigüedades.

Más de medio milenio después podemos afirmar que los museos han sido piezas imprescindibles para que las modernas técnicas de investigación arqueológicas nos suministraran los datos que nos han encaminado a conocer los más interesantes

períodos del pasado. Hoy, como hemos visto en nuestro recorrido, afortunadamente a nuestro alcance...

La visita concluyó en la terraza de los museos donde la gentil directora nos invitó a un café a todos y agradeció nuestra presencia y el hecho mismo de que la Real Academia de Extremadura se hubiera desplazado precisamente a Italia para celebrar de alguna manera el XXV aniversario de su creación.

Pero, por encima y por debajo de las muchas actividades programadas, es lo cierto que también comprobamos la vitalidad espléndida de una metrópoli que interviene con fuerza e influencia en no pocas decisiones en los foros políticos y económicos más importantes del mundo.

Fue nuestro guía en el recorrido italiano un personaje curioso, entre otras cosas porque nos daba el pulso de lo que todavía queda en su nación del período gobernado por Benito Mussolini, ese líder que tanto contribuyó a empujar hacia arriba, el “orgullo patrio” de los italianos. Líder del que algunos romanos no hablan, pero que a nosotros nos interesó la opinión del guía porque tales hechos, ya fríos y alejados de nuestros días, también son renglones que ayudan a explicar mejor la historia, y sin los cuales, no pocas páginas quedan innecesariamente marginadas.

Sobre este guía, compañero de viaje, volveré más tarde, porque no quiero cerrar el apartado de visitas romanas sin mencionar nuestro encuentro con la Basílica de San Pedro y otras estancias vaticanas.

Si ustedes repasan esas guías de viajes, y el apartado que titulan “Qué ver”, y si sólo se cuenta con un día de estancia en Roma, siempre aparece en primer lugar: “Visitar la Capilla Sixtina”. Y eso estaba programado, en efecto, el primer día de estancia, y a primera hora. Pero es lo cierto que el puente de Todos los Santos, y el tiempo soleado, congregó por el mismo propósito que a nosotros a una innumerable cantidad de público. Sin duda allí estaba la cola de visitantes más grande que jamás yo haya visto por un motivo cultural. Si bien el objetivo en este caso no es sólo cultural sino también emblemático, de presencia con la historia y con un afamado emblema de renombre universal. Pero fallido tal propósito ese día, tuvimos que reservar otro espacio horario para llevar a cabo la visita a San Pedro.

Déjenme mencionarles al guía que nos quiso conducir por las galerías museísticas, éramos pocos pero difíciles para un guía clásico. Tenía una varilla telescópica y, en la punta, una bandera. Era elegante y flaco, italiano de escarpate y diseño. Era nuestro segundo guía y, como el primero, también se llamaba Claudio.

Es lo cierto que, motivados como estamos al considerar a la Piazza San Pietro como un enclave que ha nucleado la historia más importante de los acontecimientos vinculados a la imagen y gobierno de la Iglesia, nunca es tedioso ni resulta repetitivo recalar en tal lugar estando en Roma, y contemplar así el templo más bello de la cristiandad.

En el año 315 Constantino ordenó la construcción de una basílica en el lugar donde se halló el sepulcro de San Pedro, pero a mediados del siglo XV, cuando ya habían pasado más de mil años, la iglesia original estaba en malísimo estado. Fueron los papas Nicolás V y sobre todo Julio II en 1506, los empeñados en encontrar una solución al problema. Así que en esa última fecha se empleó a Donato Bramante en tales trabajos. Pero entre tantos como intervinieron en tan magna obra, es sobre todo Miguel Ángel el que deja ahí su personalidad fuerte y definida. Se encargó de la cúpula cuando ya tenía 72 años. La fachada y el pórtico se deben a Carlo Maderno a principios del siglo XVII, tras la muerte de Miguel Ángel.

El interior puede acoger a 60.000 personas pero nosotros lo visitamos con una comodidad tal que nos permitió deambular de acá para allá y hacernos unas fotografías junto a la soberbia escultura de San Pedro de Alcántara, nuestro patrono extremeño.

Ya dentro, comentamos la atrevida capacidad de Miguel Ángel para elevar tan majestuosa cúpula a 119 metros por encima del altar.

Una gozada añadida fue visitar la Capilla Sixtina acompañado de nombres tan reconocidos en la pintura y en el conocimiento del arte. De tal forma que las anotaciones verbales de Julián Pérez Muñoz, Eduardo Naranjo, Jaime de Jaraíz, Francisco Tejada o Manuel Terrón suponían una llamémosle recreación complementaria. El Juicio Final, finalizado en 1541, es una obra incomparable y más ahora, tras su restauración, se nos mostraba rica y vibrante en sus colores, siendo una fortuna poder verla así.

Las visitas a los museos vaticanos nos refrescaron los conocimientos y despertaron una vez más la consideración del milagro que ha supuesto reunir tanto material bello bajo aquellas estancias. En ese sentido el mecenazgo de la Iglesia Católica es impagable para conocer el discurrir enjundioso de un “modelo” de arte que no admite ni ha admitido acelerones ni prisas.

Roma antigua, la que permite el ensueño y la placidez, sobre todo en ese final de la tarde, se nos aparecía mansa y campechana en la explanada que se extiende, entre ofertas turísticas y mil motivos típicos, delante del Panteón. Allí, ante nosotros y

nuestros helados italianos, aparecía echada en sosiego secular la majestuosa silueta con casi dos mil años en sus lomos. Su visita siempre fascina porque uno imagina esa Roma del ayer, añeja y entera. Lugar para el recuerdo de todos los dioses, obra del español Adriano que mandó elevarla. Todavía nuestros ojos se fascinan ante esa cúpula singular, semiesfera perfecta cuya bóveda es la más grande jamás construida, seguramente el mayor logro de la arquitectura en la Roma clásica.

Delante del Panteón, acompañando a nuestros helados, la fuente. Una más en esa sinfonía del agua que despierta todos los rincones, esos lugares para las fotos, el bullicio y los abrazos de amor.

En una de ellas vi sentadas a María José Sedeño con María Dolores Lozano y con Marta Naranjo, ahí, en la Fontana di Trevi, la más grande y sobre todo famosa.

Una fuente hecha más bella si cabe todavía en la ilusión del celuloide, cuando Federico Fellini la difundió en *La dolce vita*. Una combinación espléndida de elementos barrocos y clásicos. Un sueño que rememoramos junto al gorgojeo clásico y a la vez nuevo de la fuente soñada.

Caía la noche y caía el agua, caía la luz sobre las estatuas y sobre los chorros, todo ello ofrecía un escenario singularmente romántico, sugerente para el requiebro, nos devolvía a la universidad, al cortejo y a la aventura. La fuente sólo era ahí un pretexto que abría las puertas de la ensoñación. Frente a ella se depuran las aspiraciones secretas y sólo queda como regusto extraño aquello que pudimos hacer y no hicimos, la renuncia involuntaria, el sacrificio por lo conveniente. Nos preguntamos tal vez por qué olvidamos hacer lo mejor para vivir, y nos empleamos, sin embargo, en tareas que sólo sirven para sobrevivir.

Otras fuentes nos llamaban la atención con su música, la Fontana del Tritone, situada en el centro de la Plaza Barberini, o la Fuente de las Abejas, o la Fuente de las Tortugas, animales que colocó Bernini en 1658, tras el diseño ejecutado por Taddeo Landini.

Agua y cielo y música para poner magia en la bota del Mediterráneo. Y, por si fuera poco, arte, formas increíbles, volúmenes reinventados. Roma, motivo siempre para un periodista, como Castelo que encontraría algo no dicho sobre Alfonso XIII o sobre el papa Juan, del que escribió un hermoso artículo, “El Papa bueno”, que ganó el I Premio “Martín Descalzo”. Lo había publicado en ABC el 11 de febrero de 2000. Roma, qué decir para los artistas. Roma, razón de un filósofo, de un clásico como Manuel Pecellín. Roma, ocasión para un entendido en pintura como Juan Ovando. Roma, cuna del saber, ocasión para la consideración social en un

médico humanista como José Luis Gómez Sierra. Roma, trozo de cada uno e idilio en medio de tantos novios como le salen a la ciudad. Roma, la ciudad de termas para regalo de Diocleciano. Roma, la ciudad más verde del mundo, heredera de esos palacios ajardinados de los príncipes medievales, que sumaban más de 80 hectáreas. Roma, donde no cabían los obeliscos conmemorativos por tanta gloria como los romanos ganaron para la ciudad eterna.

No es posible en esta crónica censar los pormenores que fueron acaeciendo en nuestra intensa visita romana, como el lector podrá comprobar repasando el programa del viaje que aquí insertamos. Lo cierto es que compartimos muchas de nuestras horas con el guía italiano del que les hablaba, llamado, ya saben, Claudio. Diré algo sobre él; podríamos calificarlo como “un tío típico”, aunque sus comentarios, tal vez algunos de su cosecha, provocaban el espanto de Manolo Terrón. Vestía con atuendo militar, incluidas botas, llevaba la cabeza rapada y era puntual y fumador. También era voluntarioso y según fuimos estableciendo lazos, se mostró más afectivo, Claudio se *explayaba* con algunos.

La Italia mussoliniana está bien presente en la estampa de Roma y en la mentalidad de no pocos italianos. A pesar de las barbaridades del nacionalsocialismo, es lo cierto que en la Europa de entreguerras han de analizarse sus muchos matices. No puede ignorarse el posicionamiento de no pocos intelectuales que vieron en los nuevos movimientos políticos una oportunidad para poner orden, tras el caos que había ido apareciendo por las confrontaciones entre el liberalismo radical, el socialismo extralimitado y el empuje idílico del comunismo. Pero de aquellos errores hay una clase social que valora la, a su juicio, mentalidad avanzada y pionera de Mussolini, incluso como inspirador de una nueva era, copiada con excesos inadmisibles por el movimiento alemán. La capacidad autodidacta del joven Benito la han ensalzado sus partidarios contando cómo todavía joven huyó a Suiza para evitar el servicio militar y aprender alemán y francés, y leer con avidez a los revolucionarios Kautsky, Bláqui, Kropotkin..., y a otros filósofos como Nietzsche, Hegel y G. Sorel, del que se sintió muy influido por su interpretación y justificación de la violencia.

Cuando en 1922 Mussolini se opuso a un gobierno débil y organizó la marcha de 40.000 camisas negras sobre Roma, su papel futuro estaba cantado. El rey Víctor Manuel III le encargó formar gobierno.

Su error fue dismantelar las instituciones democráticas y reclamar en 1925 en el Parlamento “todo el poder para el fascismo”.



Pero los italianos de hoy, como Claudio (que, por cierto, veranea todos los años en Barcelona), al contemplar en estos tiempos la existencia de gobiernos corruptos que ejercitan su larga mano manejando a los medios de comunicación, a la opinión pública y al poder económico, recuerdan con cierto timbre heroico cómo aquel régimen, hoy denostado, restauró el orden y la estabilidad del país, promoviendo un notable desarrollo industrial. Eso es lo que recuerdan. Olvidan su nefasta y dominante política exterior, extralimitándose, como ocurrió con la invasión de Etiopía y la proclamación, casi lunática, de un imperio italiano en África (junto con Somalia y Libia).

Ese perfil de hombre sobrio, habilidoso y antiliberal, pero artífice en alguna medida de la funcionalidad de esa urbe moderna que es Roma, todavía sobrevive en la mente de no pocos taxistas, camareros, funcionarios y... guías de turismo. Todo ello sostenido, eso sí, con una exquisita corrección, como contagiados de la diplomacia vaticana, pero ahí está el hecho, como parte o secuela de esa historia común europea que nos precedió y a la que pertenecemos.

No deseo cerrar la breve narración de nuestros itinerarios romanos sin referirme a dos enclaves que, compartiendo sin duda la singularidad de algunos otros, nos permitieron degustar las exquisiteces de sus formas y el legado de nombres singulares en el mundo de las artes.

Aunque el barroco no es un arte de mi gusto, a pesar de haber nacido bajo esbeltas torres barrocas, siempre admiro y comprendo el sobreesfuerzo que requiere este arte de detalles y minuciosidades. Y una obra maestra resulta ser sin duda Santa Agnese de Agone. Que podríamos traducir, según me indica Carmen Fernández-Daza, como Santa Inés del Agonal.

Situada en la plaza Navona, ubicada sobre ese espacio arenoso del Estadio de Domiciano que tuvo capacidad para 30.000 espectadores, nos trae a la consideración cómo ya el poeta cristiano Prudencio habla sobre una santa jovencita, Agnese, que durante la persecución del emperador citado, fue arrastrada bajo las bóvedas y desnudada para ser ultrajada. Cuentan las viejas leyendas que se salvó de la afrenta gracias a que su larga cabellera le creció milagrosamente.

En este enclave vemos la mano de Francesco Borromini que se acercó a la obra iniciada unos años antes, en 1653. Continuó luego Carlo Rainaldi que modificó el proyecto en curso, más tarde también participará Bernini.

La fachada es equilibrada y hermosa. Está dividida en tres parte, en el centro el portal flanqueado por columnas corintias. Consagrada la iglesia en 1672 permaneció en propiedad de la familia Pamphilj, hasta que fue cedida al Vicariato en 1992.

Nos paseamos, siguiendo algunas consideraciones de nuestro compañero Francisco Tejada Vizuete, por la escueta y plácida sacristía de Borromini. De diseño rectangular, sin interferencias, tiene sus esquinas convexas, como pretendiendo darle al proyecto más intimidad.

La planta es de cruz griega pero por la disposición de los altares hace resultar a la iglesia un espacio octogonal que tanto me recordó a las construcciones templarias. Hay profusión de ángeles y angelitos en una gran cantidad, y con clara voluntad decorativa.

Vemos en los altares unos relieves espectaculares, representando escenas de martirio de santos. Giovanni Burati realizó en 1661 la obra que muestra a Santa Agnese conducida al martirio.

Pasé por delante del altar dedicado a la muerte de Santa Cecilia y recordé el gusto que hubiera sentido nuestro prestigioso músico y compañero académico, Miguel del Barco. Con una expresión dulce y con una gran fuerza expresiva nos muestra la profundidad de esa mujer. Juró Cecilia mantenerse pura sin conocer varón, pero fue prometida en matrimonio al pagano Valerio. La santa fue decapitada por rehusar hacer sacrificios a los ídolos.

Emilia Vizuete miraba toda esta escena con una devoción y entrega que a mí me parecía más sublime su conversa actitud que las obras mismas. Ese es el valor del arte verdadero, que siendo elementos inanimados los que ofrece, encierran una fuerza por encima de la materia muerta.

La capilla de Santa Agnese está revestida de mármol verde antiguo, a él se sobrepone el mármol amarillo de las pilastras, con capiteles en mármol de Carrara.

Y quiero cerrar el paseo mencionado la visita a la Basílica de Santa María sobre Minerva. Delante de su portón central, con fachada del siglo XVII, se encuentra el conocido obelisco con elefante, obra de Ercole Ferrata, que llama la atención del turismo por lo esperpéntico, simbólico y a la vez atractivo del conjunto.

Edificio, resultado de innumerables intervenciones, se nos ofrece como un resto escaso de iglesia medieval gótica en Roma.

Su preciosismo cromático es difícilmente narrable y vi con cuánta atención Marta Naranjo, María José Sedeño y María José Cavana comentaban unos y otros detalles, en voz baja, casi musitando el esplendor, para no alterar la atención necesaria que requiere tanta preciosidad.

Con independencia de la profusión de formalidades artísticas, y el resultado global de obra tan bella, me fijo en dos asuntos a los que me lleva el afecto. Uno es la Capilla de Santo Domingo de Guzmán, es la más amplia de la iglesia, a pesar de que el papa de la Orden de Predicadores Benedicto XIII, la hizo reducir. El interior es una casi exhibición de detalles preciosistas y contiene, entre otras cosas, y además del sepulcro de Benedicto XIII, los nichos de cuatro santos obispos de la orden de nuestro compatriota.

El otro detalle sobre el que me fijo es la Estatua del Redentor, de Miguel Ángel. Aunque fue concluida por las manos de otros, me recuerda ese Redentor de pie, abrazado a la cruz, a esas escasas figuras escultóricas que vemos por Extremadura, de las que existen pocas muestras. Me refiere a los Cristos de la Victoria, localizados en Serradilla y en Jerez de los Caballeros, y a otro que tenemos fichado en Tacoronte, en las Canarias. Suponen una hermosa y simbólica expresión del misterio cristiano: Cristo se libró de la cruz al resucitar, pero el camino de un cristianismo no se explica si no va abrazado o hermanado o, al menos, sabiéndose cerca de la dureza de la vida en este camino “para llegar a la otra que es posada”.

## V. FLORENCIA A LA VISTA (EL ARTE EN ESTADO PURO)

---

Roma había cubierto todas nuestras expectativas, a pesar de la monotonía culinaria de las pastas, aunque, a decir verdad, tuvimos cierta variación alimenticia. En los museos vaticanos se nos perdió Emilia Tejada, porque ella iba a su ritmo, pero eso forma parte de la salsa de una actividad de este tipo. Todo resultó sin mayores problemas. En nuestro autobús nos encaramos hacia Florencia, mientras los cielos azules de Italia se tornaban grises y el crepúsculo nos arropaba. El tiempo en autobús era ocasión también para reflexionar y establecer comparaciones. Italia es un país vertido hacia el turismo, negociador con la actividad turística a la que estruja “melódicamente”, “dulcemente”, pero sin perder ocasión de mejorar la cuenta de resultados. En las comidas nos cobraban el vino como cosa aparte, y el agua embotellada y el café, y cualquier pedido que no fuera el establecido en los platos primero y segundo ya acordados. Bien es verdad que en eso Roma era la más tacaña y no se procedió de semejante manera en otros lugares, donde recibimos gestos más generosos.

Para entrar en Florencia dimos vueltas y vueltas. Eran las 9 de la noche y estábamos parados en una especie de portazgo medieval, los autobuses que entran en el casco de la ciudad pagan una cuota especial (todo sea por recaudar por el bien del arte). El conductor se bajó para hablar y pagar al “portazguero” y continuamos, pues nosotros teníamos la residencia fuera del recinto urbano principal.

Ir a Florencia sólo para recrearse en las Bellas Artes es un regalo celestial. El viaje en sí suponía un agasajo para el espíritu, una condescendencia del destino para sacarnos de la rutina y regalarnos una cierta lozanía remozando a nuestra memoria y a nuestra grande o chica comprensión estética.

Cenamos en la primera noche ya en el hotel en las afueras de Florencia. En mi mesa Santiago Castelo, Manuel Pecellín, Francisco Tejada y Manuel Terrón. Hablamos de España, de libros, de “El Quijote de Pagador” recién aparecido. Siempre teníamos mil temas de conversación.

Florencia es un vaso demasiado largo para todo. Para explicarla, para visitarla, para saborearla. Por eso no se puede tomar en un trago sino en pequeños sorbos.

Con fray Angélico nos encontramos en el Museo de San Marcos. Eduardo Naranjo, conocedor y experto en este mundo bello, atendía a los requerimientos de unos y otros. El museo no es sólo ni tal vez principalmente un espacio monumental, sino un ambiente, una campana donde, con la naturalidad del discurrir de las vidas, se han ido agrupando para gloria de nuestros días y para los días venideros las “memorias dominicanas”, estrechamente atadas a nombres-hombres ilustres de la Orden, desde San Antonino hasta fray Angélico, desde Savonarola hasta fray Bartolomé, inquilinos de este convento en otros tiempos. Pero todo ese semblante o carácter peculiar de toda una época era posible degustarlo por el respeto que se ha dispensado al sitio. Es ese el trato que tantas veces –miles de veces– hemos reclamado para enclaves semejantes en Extremadura, cuando no pocos, por ignorancia, por conveniencia política o por negocio, han condescendido a destrozar eso de lo que hoy se habla tanto en España pero en una sola y pretendida dirección: “La memoria histórica”. La materia bella, típica, vernácula o culta, también es memoria histórica y, por tanto, debería ser objeto de mimo y conservación.

El convento contó para su ejecución con el apoyo de los Médicis, que encargaron a su arquitecto predilecto, Michelozzo, la elevación del núcleo más antiguo del edificio, construido sobre otro convento medieval.

Pensé en Santo Domingo de Guzmán, creador de la Orden y devoto de la cruz, que tantos motivos artísticos ha sugerido.

Las celdas, tan reposadas e iguales a sí mismas, tan calladas, con sus plegarias a cuestras, sus confesiones a cuestras, sus inquietudes y zozobras, nos trasladaban sigilosamente a otros siglos. En esas épocas, para entretener el largo viaje conventual, eran hermosos compañeros de distracción esos cuadros tan espontáneos y expresivos, como “Cristo en el limbo”, de fray Angélico, o los trípticos, o la famosísima “Anunciación”, o la “Imposición del nombre al Bautista”, o el fresco impresionante de “Crucifixión y Santos”, del mismo autor. Seguro que esas delicias elevaban la moral en el inmenso silencio.

El recorrido por algunas celdas parece explicar al observador del siglo XXI cómo es posible sobrevivir en la clausura inventando esa forma de escape a través del arte. El colorido, la suavidad cromática, las delicadezas en las expresiones, son un alivio frente a cualquier otra carencia o tortura material.

Un punto que llamó nuestra atención fue la consideración del espacio museístico dedicado a Jerónimo Savonarola. Sorprendían los pómulos que le pintó fray Bartolomé, fiel seguidor suyo. En los rasgos se aprecia nítidamente a un hombre de convicciones. Ingresó en 1475 en los Dominicos en Bolonia y al concluir sus estudios le destinan a Florencia, donde ocupa el cargo de prior del convento de San Marcos. Empeñado en realizar desde el púlpito una dura labor moralizadora, se fue creciendo en sus seguridades dogmáticas y tronaban sus sermones estallando el látigo de las condenas sin poner freno a su lengua. Lorenzo de Médicis, que en un principio quiso comprenderlo, vio cómo el monje se deslizó por un camino casi de dictador, reformando normas y costumbres. Su durísimo temperamento le franqueó antipatías en toda Florencia y el papa Alejandro VI le excomulgó. El pueblo lo apresó, fue condenado, colgado y quemado. En la Galería de Arte Antiguo de Verona hay un retrato de Alessandro Bonvicino, que hace honor fiel a la descripción dura y contumaz del personaje.

De acuerdo con nuestro programa nos dirigimos, con el sabor amable todavía de fray Angélico, a la Galería de la Academia de Florencia. Es éste, sin duda, uno de los museos más conocidos en todo el mundo. Cada día abre catorce horas, viendo pasar en ese tiempo hasta 6.000 personas, lo que significa un cupo anual de visitantes de un millón bien largo.

Su colección se formó con el conjunto de obras de arte resultante de la creación por Cosme I de Médicis, en 1563, de una Academia de Dibujo.

No fue hasta el año 1873 cuando el *David*, de Miguel Ángel llegó ahí. Había estado colocado en la Plaza de la Señoría, pero se pensó que en la Academia estaría

más protegido. Es tan sorprendente la fuerza de la escultura, que muy poco tiempo hubo de pasar para que al lugar se le conociera como “El Museo de Miguel Ángel”.

La estancia de cualquier visitante, ante obras tan emblemáticas, es casi sobrecohedora. Hallar una piedra de pureza tal que pueda ofrecer tanta posibilidad a un artista, es tan difícil como hallar a un artista tal que sea capaz de sacar de ahí todo lo que sobra para que quede sólo David. Probablemente, comentábamos unos y otros, nadie ha podido representar mejor el perfil de un héroe triunfante, la estampa victoriosa del hombre puro en la Grecia pura y clásica.

Con arrojo y decisión Miguel Ángel rompe con otras versiones de un David modoso y delgado. Ahora nos identificamos estéticamente más con una expresión donde las medidas, el gesto, la fuerza y el encanto se entrecruzan para dar la sensación de un desnudo que alberga a un tiempo la calma y la fuerza.

Pero la academia florentina ofrecía también otras salas que, una vez más, contribuían al regocijo de nuestros compañeros de pincel (Naranjo, De Jaraíz y Pérez Muñoz, seguido siempre de cerca por su compañera María José Cavana), y a otros, que sin ser del oficio nos arrebatamos en gozo cuando sacamos a pasear las papilas de nuestra sensibilidad ante tales platos de gusto generados por personajes únicos. En tres salas pudimos degustar lienzos increíbles de la vida monacal, algo tan dentro y tan propio de la cultura común de Europa, algo ya tan lejano pero que tanto eco produce todavía a los iniciados en el mundo de las humanidades. Las escenas de vida eremítica de Paolo Uccello nos transportaban otra vez al ayer y nos devolvían al sosiego y a la importancia que la quietud y la contemplación tuvieron en siglos pretéritos.

La Sala del Coloso, las Salas Bizantinas y las colecciones de iconos rusos eran demasiadas ofertas para nuestro corto tiempo, pero como siempre sucede ante tales trances, se promete volver aunque ya se haya vuelto. Y es que nada logra achicar tanto el anhelo inacabable de posesión de obras de arte como la esperanza de citarse de nuevo con ellas para reiniciar ese diálogo que cada uno edita de nuevo siempre en su interior.

## VI. LA BASÍLICA DE LA SANTA CRUZ

(EL NOMBRE DURA MUCHO MÁS QUE EL HOMBRE)

---

Entre las delicias esplendorosas del viaje fue para el que esto escribe una recreación particular la visita a la Basílica de la Santa Cruz. Hasta por dos veces realicé el recorrido de ese centro generoso en espacios, con la pretenciosa esbeltez de su por-

tada que, sin duda, nació con aspiraciones de mayor profusión en mármoles y otras decoraciones, pero que, aun así, es esbelta, alegre y mediterránea. Está abierta a la plaza con vocación de diálogo con el pueblo, como es propio de algunas órdenes religiosas en el siglo XIII, sobre todo Dominicos y Franciscanos, que se hicieron prontamente urbanos para tener cerca sus razones apostólicas, esto es, las gentes. Aunque la actual fachada es del siglo XIX, siglo en el que se dismantelaron ciertos revestimientos de mármol, su encaje con la plaza que le precede no resulta en modo alguno estridente.

Por otro lado la medida aplicada en la altura mediana de los edificios cercanos, ensalza aún más esa iglesia y todo ello invita al sosiego, a sentarse en los bancos graníticos o en las propias escalinatas delante de la fachada, ambas cosas hicimos algunos porque un viaje así requiere gestos que nos arrellanen con la realidad, que nos hagan confiados y vecinales, y nos entronquen telúricamente con los lugares a los que arribamos.

Recuerdo que por allí, sosegadamente, deambulantes en la plaza, nos reconfortábamos con el equilibrado diseño del Palacio Antella y la fuente, con su estampa tan florentina por lo atusada de sus formas y su medida decoración.

Todo un repertorio de hallazgos artísticos se nos brinda en la cara principal del templo, lo más significativo se configura tomando a la cruz como pretexto y motivo: Exaltación de la Santa Cruz (de Giovanni Dupré); hallazgo de la Cruz (de Tito Sarochi), esculturas en relieve de cuidada traza. Hay estatuas de la Virgen en hornacina, hay arcángeles, y en su tímpano vemos un disco dentro de una estrella de seis puntas y el sol de San Bernardino dentro.

Aunque para un neoclásico esta fachada le parecería rompedora y atrevida, incluso para mí que amo el románico más que ningún otro arte, he de ceder y hacer una concesión porque dentro de la fastuosidad, logra su propia armonía justificarla. Así que quede por ello excusada mi loa.

Pero es el interior de la basílica lo que nos hizo a Jaime de Jaraíz y a mí perder nos en dos largos recorridos, luego seguidos de Juan Ovando, de María Dolores Lozano García y de María José Sedeño.

Se presenta la nave interior con el aspecto de una basílica de estilo gótico italiano, amplísima, sobria, esbelta, con arcos de pilar a pilar. Tiene pilares octogonales de piedra recia, no fasciculada como en el gótico más general, aunque hay concesiones a los modelos clásicos.

Los enormes metros cúbicos del templo, ocupados por aire, no son sino la orla para poder apreciar en tal diseño lo que ha resultado ser un homenaje a quienes ahí se recuerdan, siendo, en efecto, la Santa Croce un panteón nacional, bien en tumbas de ilustres o en cenotafios de impecable factura.

Es tal la monumentalidad de los panteones que el arte hace ignorar el motivo lúgubre, y en el espectador crece el goce estético y se mengua el argumento.

No es cuestión de recrearse aquí en lo que ya nos recreamos, pero, por honor debido al personaje déjenme que recuerde el Monumento a Miguel Ángel, diseñado en 1570 por Giorgio Vasari, se ve rodeado el sarcófago de figuras alegóricas de la Pintura, de la Escultura y de la Arquitectura realizada por diversos autores.

Es hermosísimo el cenotafio a Dante Alighieri y de una sobriedad medida el monumento a Nicolás de Maquiavelo. Aquí nos detuvimos Manuel Terrón, María José Bigeriego, Manuel Pecellín y otros, aludiendo a la importancia del personaje. Y es que, con no poca frecuencia, el arte en sus distintas manifestaciones no es otra cosa que un motivo bello que lleva a otros pensamientos. Así que necesariamente, ante las letras romanas de su nombre, glosamos la fuerza que tuvo en su tiempo este secretario del Consejo de los Diez de Florencia, embajador, polémico, querido y odiado y, tal vez por encima de todo eso, un pensador del Estado o un agudo pensador político que aparca el principio moral cuando teoriza sobre el arte de la gobernanación. Su obra *El Príncipe*, que tempranamente leímos, aparecida en 1512, ha sido uno de los libros que más ha influido en la filosofía política posterior. Y, con él, otra vez el recuerdo a España y a quien al parecer fue el modelo que inspiró su obra emblemática, Fernando de Aragón.

Vidrieras amplias y vistosas, algunas de los siglos XIV y XV y frescos que decoran las paredes de la iglesia, corredores generosos para desahogo de novicios, códices iluminados, pinturas impresionantes y diversas capillas, algunas de una lindeza especial, como el retablo de terracota vidriada, en la capilla del noviciado, de Piero de Médicis. Hay en distintas tablas secuencias de la vida de San Francisco, su relación con la naturaleza ocupa especial atención de los artistas, entre otros a Barone Berlinghieri.

Es todo esto arte sin escatimar tiempo e imaginación, sin prisas ni tacañerías. Son todas las obras secuencias de un mundo que engolfa al visitante, avanzamos a la salida por el claustro mayor, con la estampa del campanario en una esquina. En el inmenso espacio divisé a Emilia Tejada y a Julia Pérez Muñoz con María José Cavana. Vamos escapándonos, a la última que diviso es a Marta Naranjo, siempre



inquieta, avisando a unos sobre aquello que le parece de más interés, cerca está Eduardo Naranjo, maestro del pincel, pero curioso por todo lo que sea arte aunque lo tenga visto. No hay tiempo para más, el Museo de la Basílica, instalado en la parte antigua del convento, espera, como espera la Capilla Pazzi, una de las más ricas de la ciudad, encargada en 1430 a Filippo Brunelleschi, aunque no pudo rematarla. Todo espera a unos y a otros. Los monumentos están hechos para esperar.

Volveremos para repasar bóvedas y recuperar el aliento y entender que, en verdad, la fe movía montañas y era capaz de hacer un lugar así. Sólo esta iglesia de la Santa Cruz merece un viaje a Italia.

## VII. LA GALERÍA DE LOS UFFIZI

(LA PENA DE NO HABER VIVIDO EN FLORENCIA)

---

Cuando paso de epígrafe y he de glosar lo que vimos y gozamos, pienso si no me habré excedido en el elogio a lo anterior, porque esto de lo que voy a hablar ahora, la Galería de los Uffizi es, sin duda alguna, sin discusión posible, uno de los museos más importantes del mundo. Así que ustedes me disculparán que me pare en ciertos pormenores, tanto en el conjunto de las obras como en la impresión que todo produce al cronista que soy, afortunado ahora en el suelo de Florencia. Y es que los cronistas no somos necesariamente neutrales, sentimos la tentación de querer hacernos, con frecuencia, parte del argumento y, junto a la pretendida objetividad, aparece a veces la pasión.

Llegamos a ese espacio selecto, con el toque de clasicismo necesario para no ser pedante, llegamos a ese rectángulo de bullicio y curiosidad. Llegábamos a la más madrugadora concepción museística según la moderna concepción de tales enclaves, pues dos siglos antes de su apertura en 1765, ya podía visitarse. En el año 1519 la Guía de Florencia de Francesco Bocchi la describe así: “Entre las más soberanas bellezas del mundo”, “llena de estatuas antiguas, de pinturas muy nobles y de valiosísimos objetos”. No es extraño que tan tempranamente ahí se acopiaran tantas delicias para la contemplación, pues no en balde Florencia recupera el término olvidado durante siglos: museo. Ese vocablo que para los griegos antiguos era lugar consagrado a las Musas. Ese lugar que alojaría las “Magistraturas” del Ducado de Toscana, está en un lugar simbólico, o quizás sea mejor decir que su conjunto es símbolo de la ciudad y conjunción amable de construcciones. El propio Vasari, que proyecta el gran palacio

de dos alas, realiza unos años después la galería aérea que comunica los Uffizi (los oficios) con la residencia de los Médicis, el Palacio Pitti. Se crea así, con lo que podríamos llamar con precisión “El corredor Vassariano”, una relación urbanística única en el mundo: los puntos neurálgicos de la ciudad —el río, el puente más antiguo y los centros de poder— unidos por un espectacular recorrido sobreelevado.

Aquí, seguramente más que en ninguna otra parte, se explica la relación entre el poder político y la cultura. Es así que sólo desde la afición al coleccionismo de sus gobernantes, algunos como los Médicis, señores de Florencia durante tres siglos, amantes de las antigüedades y mecenas, pudo nacer y estimularse a tantos artistas al invertir como nunca en el culto a la belleza.

Yo no sé, y seguro que no me atrevería aun creyendo que lo supiera, a realizar un resumen nominativo de las obras más excelsas. Es en verdad difícil. Porque al recorrer sus salas uno tiene diversas sensaciones. Una es la de encontrarse en un lugar espectacular y desde luego único y, como contraposición, hallarnos en un sitio que nos resulta familiar sobre todo si es la primera vez que se visita. Porque una sonrisa como de complicidad con el objeto contemplado surge en el visitante, al reconocer ahí aquella hermosa obra que conocía por los textos, por las láminas, por los libros de arte: ¡Ah, mira!, el retablo de Lorenzo Monaco, “La coronación de la Virgen”, ¡qué dulzura colorística, qué dominio! ¡He aquí “El nacimiento de Venus”, el original, de Sandro Botticelli, que tanto ha inspirado, en la pintura, en la literatura, incluso en la música y la danza. Vi “La Primavera” y recordé en las tres mujeres danzando a la imagen antigua de “Las Tres Gracias”, y de ahí me fui a un cuadro de Jaime de Jaraíz con este mismo tema. Y es que en la pintura, tal vez más que en ninguna otra disciplina artística, una cosa nos lleva a otra.

Sólo la Sala Leonardo o de Miguel Ángel justificaría que un marciano llegara a la tierra. Queríamos tomar las obras en pequeños tragos, pero cuando mirabas a una, te reclamaba su atención la siguiente, así que nuestro deambular se movía entre el gozo y la zozobra.

Mis compañeros Terrón, Naranjo, Pérez Muñoz, Ovando, Pecellín, Emilia Tejada, María José Sedeño, María José Cavana, José Luis Gómez Sierra y Carmen Márquez de la Cruz nos sentíamos atraídos por esa capacidad y precisión para retratar el poder sobre el poder, es decir, la complacencia en la fuerza del mando con que Rafael nos ofreció a León X, con los Cardenales Giulio de Médicis y Luigi de Rossi. Ese ropaje adamascado, el pomo dorado que remata el sillón, el preciosismo de la campanilla o el libro... Ante tal panorama, subrayaba María José Bigeriego que “fal-

tan las palabras”, y tenía razón, ante el arte el lenguaje no es que enmudezca, es que las palabras no sirven como sustitutivo de lo que una obra encierra y despierta dentro de cada uno. Por eso las obras bellas hablan por sí mismas y pueden necesitar tal vez un guía, pero nunca un intérprete.

Miro a Tiziano por la Venus de Urbino, a Diego Velázquez por Felipe IV a caballo, a Rubens por la entrada triunfal de Enrique IV en París, a Goya por la Condesa de Chinchón y otra vez pienso en la España que fuimos, en cómo se nos ha hecho sitio en el privilegiado sitio de los Uffizi.

Pero en la Galería nos paran en el recorrido esas obras que parecen menores, esculturas, tablas, óleos..., y que no lo son. La nómina es tal y tan bella que aunque se les ha hecho sitio, no nos hemos podido nosotros hacer tiempo para mimetizarnos en tanto de tantos.

Ha caído la tarde y los entornos de la galería se han sedado al ceder el bullicio. Con la desbandada crece el silencio. En la Piazzale Degli Uffizi hay como una somnolencia para acariciar sin estruendo el sabor de lo que queda en la memoria.

Una guitarra española amarra sus virtutas en caracol poniéndole cingulo a las columnas de los soportales, el granito parece recibir un piropo. Han sido todo el día soporte macizo, materia muerta que sostiene las concurridas galerías, ahora es escenario, aunque sea escenario desgastado por la brisa salina e incansable del Mediterráneo. Un sabor al que ahora las cuerdas vibrantes les prestan un contrapunto dulzón parasitándose como una yedra a los muros del monumento y pres-tándole a la concurrencia el sentido pleno de la *dolce vita*.

El David mira a su izquierda para percibir el concierto y sentir en su carne mármora el quejío de la guitarra y el piropo invisible al *amore mio*. Un cielo que es regalo de primavera en noviembre cobija la luz de la tarde. El reloj me marca las 7'05 y ya el sol duerme. Hay parejas recostadas y unidas por manos y brazos, están sentadas en los escalones con que se refuerzan los soportales. La música tiene ahora sonido de corazones a pares. Me acuerdo de Romeo y Julieta e irrumpe sin irrumpir, sigilosamente, la figura dórica de Marta Naranjo. La veo llegar mientras observo todo. Las fachadas de los Uffizi revientan por las almohadillas en las piedras. Hay una corrección amorosa en los asistentes, las cuerdas se contonean con el leve murmullo y todo compone un orfeón de complicidades. Ninguno quiere romper el embrujo espontáneo de Nino Rota que abrazándose a la cintura española de la guitarra, saca música de sugerencia e idilio. Ahí recuerdo entonces los versos de Aquilino Duque: “Reloj de arena tu cuerpo / te abrazaré la cintura / para que no pase el tiempo”.

¡Ay Florencia! atusando un siseo tierno, palillo de madera blanda para poner jipío en la piel tamborada de mi sístole.

Me balanceo entre el dolor de no haberte conocido antes con tus príncipes, mecenas e iluminados del pincel y el cincel, y la alegría por estar ahora aquí, siendo yo también, ahora, peso sobre tu piel, amansada por la lengua del deambular, siendo, aunque sólo sea, carne prestada por un rato a la mejilla de tu propia cara.

¡Ay Florencia! Se nos hace de noche y tú no duermes. Veo como clandestinamente, arropados por el crepúsculo, se asoman por las ventanas Perugino y Leonardo. ¡Filippo Lippi y Alesso Baldovinetti; y Rafael, Tiziano y Botticelli para atender a la serenata que les ronda y acortar así la vigilia. Serrat canta al Mediterráneo y a mí me entran ganas de declamar a Florencia. Pero me quedo corto en el poder, que no en el anhelar, y es que el carrete de mis fotografías interiores no acaba de revelarme del todo lo que intuyo, por eso me he quedado en la exclamación sin poder pasar a la glosa redonda y completa. Casi siempre nos ocurre lo mismo ante las grandes cosas, y por eso no pasamos del primer eslabón en la larga cadena de los suspiros.

Mientras escucho la música italiana se me representan los mecenas que quisieron hacer de Florencia una réplica de la belleza edénica. Ellos volaron ya al lejano paraíso de los cisnes santificados, donde todos los azules de los cuadros están pintados por la misma mano.

Florencia, cuna y corazón; religión y coraza, por qué no me ayudas a inventar un piropo para contarte esta noche en un requiebro todo cuanto siento. Déjame al menos soñar como un florentino renacentista capaz de imaginar lo imposible, como esa estatua de Miguel Ángel que esta noche nos acompaña en el concierto en el mejor patio de butacas del Renacimiento. Déjame en un instante, al menos, imaginar un sueño para siquiera poder escribir una quimera. Florentina, flores, flor de empuñadura de espada, cruces y flores en las sienes de David, flor, pétalo y perfume, déjame dormir dentro, en la iglesia de la Santa Cruz, para poder soñar con el sueño que tuvieron los titulares de mausoleos y saber de primera mano quién era y qué era un florentino ilustre en la ilustre ciudad del XV.

Busco, con la música de fondo, en el ayer, y no me reencuentro, aunque sé que fui parte del Renacimiento, fiel a la cortesía, a la medida y a la elegancia y puse pañuelo de mi dama en mi lanza y mi bandera.

Cuando esté lejos me acordaré de esta noche y procuraré poner por escrito, como homenaje a mis compañeros de viaje, estos barruntos, entre el rumor de la brisa azucarada y la mirada del joven de la honda. Tal vez alguna tarde de éstas regrese, más

despacio, para hacerme niño aprendiz bajo tus soportales, mirando a los cristales que guardan el secreto de la caja negra en los trazos de los artistas increíbles. Tal vez ese día pueda hacerme niño y entonces tener un sueño más limpio, más libre, sin interferencias, como soñaban los hijos de David.

### VIII. CAMINO DE BOLONIA

(CON LA AÑORANZA DE LA TUNA UNIVERSITARIA QUE NO TUVIMOS)

---

Esta mañana se despedía de nosotros Santiago Castelo que, por sus obligaciones como periodista tenía que regresar a Madrid. Dotado como pocos para la amistad, Castelo es amable y próximo, siempre tendiendo puentes, *pontífice*, tendiendo lazos, es vocacionalmente un conciliador, un castizo y, a la vez, un excelente poeta, uno de los primeros de los nuestros. Desmiente así esa condición de algunos versadores que se nos aparecen raros y como desclasados.

El día está cubierto, hemos oído hablar esta mañana de los jesuitas, y he recordado mis estudios en Deusto, con su grandiosidad centenaria y la humildad de un portero beatificado, el Hermano Gárate.

Vamos en autobús, sigue con nosotros Claudio, con su estilo paramilitar, su cabeza romana y sin pelo. Pasamos junto a la nueva Universidad de Florencia. La cultura no se duerme en la ciudad. Leo: “El nuevo parque San Donato, una extensión de 120.000 metros que rodean a la universidad”. Florencia, en 1870 con la unificación de Italia, fue capital de la nación.

El autobús nos balancea y vemos las plataneras con sus hojas moribundas y semblante de cobre viejo. Atravesamos un cementerio monumental, arte para los muertos, cada tumba es una escultura, así que por su calidad artística ha sobrevivido más que por su destino, ya que ese camposanto que bien sirvió para los muertos, sobrevive gracias a que sirve ahora su belleza para los vivos.

Sobre medio día atravesamos los Apeninos y la gente se acuerda de Marco, ese muchachito literario y de ojos grandes que no acababa de encontrar a su madre. El bosque está frondoso y húmedo. La niebla le ha colocado un sudario de perlas y por su quebrada orografía va nuestra ruta, aseada, limpia, “europea”, barnizados los musgos de las cunetas en su haz y en su envés. Las coníferas se asoman a nuestro paso y vemos la transparencia atrayente de ríos limpios, con sus cascajos grises en el fondo, y esos meandros juguetones para disimular la monotonía persistente de las

aguas. Estamos rodando por un lugar agreste pero vigilado, cuidado, con sus sacos de sal alineados en el borde del camino, para en caso de nevada imprevista funcione el “sírvasse usted mismo”. La fábrica de Ferrari, el sueño de un piloto, se camufla en el paisaje, no necesita el nombre, ya solvente, de estridentes carteles rompedores. Así también la factoría de Marconi, por la que pasamos. Con aquel nombre comenzó el vuelo controlado e invisible del sonido por las ondas.

Italia, con galanura de fina cortesana, nos enseñaba ahora esa cara tras el Telón de Verde, por donde caviló la inspiración montuna que engendró a Heidi y Marco.

De todo ello nada podíamos envidiar porque también somos un país moderno. Bueno, a fuer de sincero, he de decir que algo envidiaba: el aseo de las cunetas, el respeto a las restauraciones, y esas praderas generosas, tan alejadas en la estampa y en la lluvia de nuestra Castilla recia, seca, acorazada contra los hielos y los soles, siempre excesivos unos y otros. En ella el sol vengativo hizo de plomo el lecho de las eras, y los campos por donde se batía Fernán González.

A nuestro alrededor continúa la ensalada de vegetación, camino de Bolonia. Así hacíamos este trecho, pensando relajadamente, por el paisaje, por el confort y por esa capacidad de la nueva amortiguación de los modernos autobuses que son capaces de acunarnos dulcemente mientras nos desplazan.

La parada en Bolonia suponía también comer en el lugar, saborear un rato de confort y de alimento. Tuvimos suerte, nos atendió un camarero ecuatoriano, diligente y dispuesto a hacerse un sitio en la vida. Eduardo Naranjo le solicitó cambiar el menú y accedió y con él otros también pidieron el cambio. Recuerdo que bebimos un tinto excelente y que llovía mansamente, casi santamente, porque en absoluto nos molestaba. Luego nos pedimos unos postres estupendos de dulces, yo repetí y repetí, contando en todo con la complicidad de nuestro compatriota hispano.

Recordamos a Marino Barbero, nuestro querido director de la Academia, ya fallecido. Él estudió en Bolonia, donde Teodosio creó tempranamente universidad, pues ya en el siglo XIII era la cuna del derecho romano.

La universidad ha conocido nombres de principal importancia: Dante, Petrarca, Boccaccio... y Marino Barbero.

Tiene un precioso centro medieval y aún vemos en la plaza Ravegnana dos presuntuosas torres medievales, de la que la ciudad tuvo hasta doscientas en la Baja Edad Media.

En Bolonia está el Colegio español, un edificio gótico fundado en el siglo XIV. Según el testamento del Cardenal Gil de Albornoz debería servir para albergar a

estudiantes de todos los reinos hispánicos que desearan estudiar teología y leyes. Todavía funciona y ha venido a ser el colegio mayor más antiguo de Europa. Llovía pero los pórticos nos evitaban el paraguas y podíamos recrearnos en los escaparates. Hasta 40 kilómetros de zonas porticadas juntan sus calles, lo que le hace ser una ciudad mediterránea hecha para vivir al aire libre, aun lloviendo. Todo ello hacía que el tiempo se nos pasara tan pronto que el bueno de Claudio tenía que reclamar nuestra atención para que no nos demoráramos. Éramos pocos pero seguramente incómodos para cualquier guía.

La juventud renacía en la memoria. Nosotros, antaño, entre las cuatro paredes escuálidas de las carencias y del integrismo, desperdiciamos la ocasión y no vimos Europa. Perdimos las raíces de modernidad y hemos tenido que empujar en solitario para romper el cascarón de los claustros ideológicos del nacionalcatolicismo y buscar la razón por nuestra cuenta, ya mayores, intentando quemar etapas para que no se nos murieran los años rumiando lo que no tuvimos. Ahí, bajo la lluvia amable, viendo pasar a estudiantes y notando el sesgo de la cultura y el buen gusto en los escaparates y en los semblantes, cada uno de nosotros, como aquellos pintorescos atrevidos del Perpiñán cinematográfico, le dábamos a la máquina para atrás y recordábamos el largo otoño famélico y triste de la España oscurantista, frente a la Europa donde llegamos con tanta demora que nos faltan las palabras de los idiomas para sonreír con otros entendiéndonos.

## IX. VENECIA, LA CIUDAD IMPOSIBLE

(SI LLORAS EN VENECIA, SUS CANALES TE ROBARÁN LAS LÁGRIMAS)

---

Dos horas después retomamos nuestro viaje ya, sin duda, camino de Venecia. Una vez alojados en el hotel salimos a pasear con el acompañamiento de nuestros paraguas. Por fin, Venecia, la ciudad expuesta al Adriático, la ciudad imposible con sus 116 islas y más de 400 puentes.

El paseo nocturno era despertador del viaje. Recalamos por consejo de María Dolores Lozano en el Hotel Danieli para sentir el agasajo del lugar. Está ubicado en un antiguo palacio. Lluve ya con fuerza y sin embargo soportábamos con buen espíritu ese aseo purificador de las plazas sin notar el intrusismo de las gotas. Dentro del recinto hotelero se sucedía todo un ambiente formado por mesas, luces tenues, alfombras y... piano. Las lámparas grandes, naturalmente de cristal de Murano,

sumaban sus reflejos a esa decoración exquisita. En la base de una chimenea de granito un ramo de flores se agrega al repertorio de cuadros, ventanas emplomadas, flores secas y alfombras. Miré por la ventana y en la cara nocturna de la ciudad cercada, una serie de pecas transparentes rebotaban poniendo luces en movimiento en el semblante plateado de los canales.

No podía dormir pensando en Venecia. La imaginación, ensamblada con la astucia, hizo del lugar allá en los siglos V y VI refugio contra las invasiones de los bárbaros. Pero Venecia no se adormece sino que se despierta. Su modo de ser hace pensar que sólo proporciona monotonía, pero su faz y su carácter son incitantes para otras aventuras. Por eso el lugar ha sido un punto de fuerza, una base para emprender grandes empresas, un faro ineludible visto desde el Mediterráneo. En ese ambiente de supervivencia surgió el veneciano, un experto en el comercio marítimo, un controlador de las costas adriáticas y del Mediterráneo oriental. Su fuerza les llevó al dominio comercial en Constantinopla, llegaron hasta Egipto y China, trayendo desde allí a los mercados europeos piedras preciosas, sedas, especias y otras mercancías raras y desconocidas en estos lugares del mundo.

Aun con la amenaza del agua, con el cambio sustantivo de las comunicaciones, con la variación geopolítica y geoestratégica diseñada por las grandes potencias occidentales, Venecia conserva ese aspecto urbano que tuvo en los siglos de gloria, allá, en el XIV y XV, cuando subrayó su poder sobre el Mare Nostrum. Por eso esta capital, esta república nadadora, fue un enclave estable e influyente, abierto siempre a los problemas y a las propuestas de la cultura. No de otra forma se comprende que albergue esa arquitectura de estilo bizantino, o románico, gótico o renacentista. No de otra forma pueden entenderse ahí tales colecciones de arte.

Estamos ya a 6 de noviembre. Nuestra residencia se encuentra próxima de la Plaza de San Marcos, donde recalamos al amanecer.

San Marcos da la sensación de ser una iglesia maciza, donde los estilos se han hecho presentes, tal vez por haber sido Venecia esa ciudad-puente, encuentro de culturas de occidente y oriente. Ya existen noticias que en el año 829, durante el gobierno del dux Giustiniano Partecipazio, se había iniciado ahí la construcción de un templo para guardar los restos de San Marcos, rescatados el año anterior de manos de los mahometanos de Alejandría de Egipto. Destruída en 976 por el fuego, se acometió enseguida su reconstrucción.



Entramos fácilmente y su estampa denota enseguida lo que fue la prosperidad de la república cuando se acometió el actual templo. Pasaron los años y pasó de *capilla ducal* a catedral de Venecia.

Si hermosa es su estampa de mármoles y portadas y bajorrelieves descriptivos, es su interior lo que a uno le sorprende. Es sugestivo, equilibrado y hermoso, es una sucesión de cúpulas y arcos, es un cofre para guardar tesoros. Es un recinto para custodiar los restos de un santo, San Marcos.

Pero lo que hace a San Marcos ser la basílica tesoro, dándole esa prestancia inédita, es el manto musivo que cubre las bóvedas en una superficie próxima a los 4.000 metros cuadrados. Así el arte bizantino encontró un lugar increíble para ser expresado.

Próxima a la basílica de San Marcos se observa la Torre del Reloj. Espigada y presumida, parece querer escaparse de las aguas y volar hacia lo alto portando en su cabeza la máquina del tiempo.

De porte renacentista realizada por Mauro Codussi es el lugar donde convergen alguna vez las miradas de Venecia, buscando las agujas del reloj de San Marcos, que suenan cuando las estatuas de moros la emprenden a martillazos sobre una enorme campana, obedeciendo al imperativo imparable de las horas que les mandan.

Hasta allí nos encaramamos algunos buscando las vistas, pero queriendo sobre todo comprender el embrujo extraño de Venecia, de la ciudad increíble por imposible. Desde las alturas la inmensidad troceada de las islas semejava el epílogo de una lejana catástrofe, como si una ciudad crujiente se hubiera partido para hacerse navegante como sus fundadores.

Julián Pérez Muñoz, Marta Naranjo, María Dolores Lozano, María José Sedeño, Jaime de Jaraíz, María José Cavana, Eduardo Naranjo, José Luis Gómez Sierra, Carmen Márquez de la Cruz y yo, nos subimos hasta las agujas. El panorama hacía las delicias de De Jaraíz, que como niño con zapatos nuevos quería llevarse todas las perspectivas en su cofre.

Llovía en Venecia. Para hacernos sentir esa sensación desvalida, ese equilibrio inestable, ese idilio entre la belleza y el riesgo; por eso llovía en Venecia. Bajo los soportales observábamos los monumentos entregados, como rendidos al imperio del agua. Sus cimientos salados se mestizaban con el agua destilada que caía y las palomas de la plaza salían sin temores, para recibir desde lo alto un bautismo capaz de asear su plumaje. Las góndolas se cubrían con hules de colores, pero nada perturbaba el sino monótono de aquellos canales que parecían fruto de un inmenso arado

que hubiera trazado surcos en el mar. Un toque melódico y decadente, como de vejez atusada con cierta coquetería, recortaba la silueta de las mujeres venecianas que pertrechadas de paraguas, guantes y botas deambulaban entre miles de turistas, viendo en los visitantes el peaje necesario para su prosperidad. Millones de humanos que acuden al señuelo de la rareza. Ya no se llevan las especias que hasta aquí llegaban, sino cristales, estatuas en miniatura y libros, pero sobre todo postales y recuerdos en la memoria.

## X. EL PALACIO DUCAL

(ENTRE EL HONOR Y LAS MAZMORRAS)

---

Asomado a una plaza pequeña contigua a la de San Marcos y al muelle de la cuenca, se levanta el edificio más grande de Venecia. Testigo y testimonio de la historia, hoy cobija pinturas de la escuela véneta. Desde fuera uno tiene la sensación de que su fachada —con arcos ojivales y decoración de mármoles blancos, grises y rojos— fue pensada para sorprender a mercaderes y clérigos, a truhanes y comerciantes sin piedad, a cardenales ávidos de poder y presuntuosos de su influyente papel en el papado y en la política.

Fue la sede del dux y de los organismos más importantes de la república. Se elevó en torno a 1300, reemplazando a un antiguo castillo almenado que ya existía en el año 814 y en su biografía contaba con ataques, asedios e incendios.

Dentro del palacio se mezclaban las intuiciones nuestras de lo que aquello fue. Desde el resplandor de artesonados y pinturas, desde el pretendido protagonismo de sitiales, estrados y escalinatas, a las miserias de esos sótanos que albergaban las celdas de presos, hechas de seguridades en granito y rejas macizas. Ante esos calabozos el visitante imagina la soledad del corsario, la locura de la humanidad que ha transitado con ese “homo homini lupus” como santo y seña para pisar tantas veces y gratuitamente la dignidad humana. Los nombres de arquitectos y artistas resuenan en nuestro interior cuando nos sorprendemos ante la majestuosa Puerta de la Carta o las fachadas, o los ventanucos estrechos que se asoman al muelle o a la plaza...

Dalle Masegne, Pietro Lamberti... saltan de trecho en trecho en todos los idiomas.

En la Escalera de los Gigantes nos paramos para ver las estatuas de Neptuno y Marte. Todo reflejaba el resultado del poder económico, la pretensión constructiva respondía al anhelo de que el palacio representara la fuerza del dux y el buen gusto.

Luego deambulamos escuchando el murmullo de babel de tantos visitantes, seguía lloviendo y vimos el Puente de los Suspiros que unía la Sala del Magistrado con las Cárceles Nuevas. Era el suspiro al aire, la última bocanada de viento antes de la reclusión. Todo ello representaba, no puede dudarse, una conjunción de elementos aptos para una novela, adecuados para una narración amorosa, como pensada para una tragedia griega recreada en el Renacimiento. Todo ello increíble, como Venecia, la ciudad imposible.

Los pintores de nuestra Academia extremeña tenían enormes deseos de visitar las **Galerías de la Academia** en esa ciudad.

En la otra orilla del Canal Grande, cerca del Palacio Corner, pasando el Puente llamado precisamente de la Academia, se llega a las famosas Galerías. El patrimonio artístico que ahí se encierra es muy destacado. Podría decirse que, entre otras cosas, es un testimonio de la Escuela Veneciana del siglo XIV. El discurrir por aquellas salas nos llevó toda la tarde. De cuando en cuando nos relajábamos en los bancos, y en ese sosiego del incesante peripateo, la expectación se hacía palabra para comentar o interpretar la densidad de tantos autores de primera línea, o sobre las dimensiones de aquellas telas inmensas donde era, de un vistazo, difícil calcular las proporciones. Tanto acopio de bienes artísticos daba al sitio prestancia y grandiosidad. Pero, ese panorama de sobreabundancia no nos sedaba completamente, sino que nos seguía llenando de interrogantes. Una ciudad aparentemente tan frágil, una ciudad hecha velero, siempre bajo la amenaza, cómo podía dormir tranquilamente con tanto dentro, con tanto de tantos. Utilizamos para entrar en la Galería nuestro carné de la Real Academia de Extremadura, que previo al viaje había preparado desde la Secretaría el académico Manolo Terrón. Yo mismo me encargué de hablar con una jovencita italiana que habló con otra persona de mayor rango y dijo “a ver, que pase la Real Academia”. Y eso, en italiano, sonaba allí a deferencia y a consideración.

Teníamos reservado sitio para las comidas durante nuestra estancia en Venecia en el restaurante *La colomba*, en cuyo letrero figuraba también *Locale Storico*. Era un lugar coqueto y apacible, en la calle San Marcos 1665 y regentado por David Spiller. Había en sus estancias muestras de no pocos galardones por su buena cocina. Y así, en efecto, lo pudimos comprobar al degustar los exquisitos platos que nos ofrecían.

La Plaza de San Marcos, con la bellísima estampa de la Basílica, los soportales y los escaparates iluminados servían como campo de operaciones para ejercer esa ociosidad creativa que resulta tan compensatoria, y también nos desintoxicaba del atracón artístico a que ya me he referido, y le tomábamos el pulso y probábamos la salsa popular.

Esa plaza única, que enamora hasta a los descreídos, me resultó concordante con la leyenda que de ella se hace. Perfectamente vestidos con sus chaqués, unos músicos, bajo los soportales, tocaban. Era al atardecer y las luces colocadas con intención, ofrecían un ambiente acogedor y hospitalario. El romanticismo deambulaba bajo las arcadas y los velones en algunos lugares daban la sensación de querer vencer a la adversidad. No hacía frío y ponían tanta intención en el propósito, y tocaban tan entregadamente, que no les importaban la contrariedad húmeda, ni el bullicio amortiguado de quienes comentaban lo que oían. No eran impedimentos la frescura sensitiva, ni el mar, ni el agua, ni la marea o la lluvia. Venecia tiene un corazón salino hecho para el amor y ello le lleva y le empuja y le mantiene a flote. Suena el piano, bajo los paraguas las parejas se besan, los candelabros de bronce logran la intimidad al aire libre. Las fachadas vetustas no hacen ni una mueca, se ha detenido el zozobro del gentío como si la ciudad hubiera tomado su pócima con el café de la tarde. En esos momentos pensé en la hermosura del amor, en la locura de los corazones que descubren que el homo faber es un pie forzado que cada vez más ha ido robando espacio al decir. Por ello, en la resurrección de las costumbres del ágora, el ocio nos hace más humanos, porque en el homo loquens, el espíritu se realiza, toma forma, respira y resuena. Por eso puede existir el amor sin obras, pero no el amor sin palabras. Por eso no es verdad que sólo “obras sean amores”. Obras serán testimonio, sacrificio, compensación o acto resultado de un imperativo de sangre. Pero el amor se alimenta sobre todo de ese ánimo sonorizado que es la palabra, la bendita música expresada en la cercanía, junto a la nuca, en silencio, musitada mientras el aire que producimos al hablar mueve los cabellos que rozamos y como resultado estrenamos una textura ingrátida al rebotar el sonido de lo que decimos en golpes blandos, mientras van cabalgando por ese pasillo estrecho, entre una y otro, los vocablos apenas perceptibles que hacen vibrar.

El delirio del enamoramiento y su capacidad para hacer que el amor no muera reside en la capacidad del espíritu para transmutarse en palabras. El ser humano también cambia de color el tono de sus palabras con las estaciones del año. Así que no todos los días somos lo mismo, aunque seamos el mismo, la misma. Ya decía Ortega que el hombre era una partida en el tiempo y, como tal, temporal, circunstancial en sus actitudes. Todo ello era objeto de reflexión mientras el teclado reclamaba su sitio para hacer de la noche veneciana una estampa romántica y contradictoria, llevándole la contraria a la atmósfera y mostrando que en cualquier pentagrama inventado para auxiliar al amor, caben notas de locura.

En realidad qué es Venecia sino una locura, un invento demente cual es echarle un pulso al mar. Tal vez por eso la ciudad imposible contenga un código inexplicable bajo sus cimientos salados y maleables. Ahí, en su fama y en su fragilidad reside su capacidad para despertar emociones. Creo que por ello una persona entrañable para mí, escribió: “Dicen que Venecia se muere, que el Adriático se tragará en breve su belleza. ¿Por qué se asombran? Venecia nació para ser devorada por el mar en un acto de amor infinito. Ese es su dolor de siglos y su grandeza sin tiempo, su metáfora”. Leí esto y me acordé del grano de trigo que muere en el surco para ofrecer tallos verdes, me acordé de la música que suena en la cubierta del trasatlántico mientras se hunde el barco. Me acordé de las tragedias griegas que ofrecen a un tiempo dolor y música con el escenario hermo­seado por las lágrimas.

Venecia era, en medio de aquella música acompasada entre el teclado, los violines y violoncellos, una Venecia eterna, porque cada vez que siente o presiente el palpito interno de amar, transmite energías renovadas para la magia de una ciudad que navega.

Esa misma mañana, al levantarnos, conecté con el canal internacional de Televisión Española y a las 8’30 horas comunicaron que el presidente de la Junta de Extremadura había sufrido un infarto de miocardio. Era el día 7 de noviembre. La noticia nos rondó durante la jornada y fue objeto de comentario por todos los académicos. Con la natural inquietud por el percance, del que desconocíamos su importancia y gravedad, comunicamos varias veces con España, recabando al despacho en ABC de Santiago Castelo las novedades, si las había. Naturalmente las cautelas propias del incidente y la discreción médica no permitían dar detalles, si bien supimos que el percance no había ido a más porque enseguida fue atendido. Luego conocimos que el consejero de Sanidad, Guillermo Fernández Vara, diligente como pocos, actuó por teléfono dando instrucciones del protocolo a seguir, y avisando para que el centro sanitario esperase a Juan Carlos Rodríguez Ibarra.

Esa misma mañana, en el centro de la Plaza de San Marcos, Jaime de Jaraíz se entusiasmó con las palomas. Llevado de su curiosidad por el comportamiento de las aves y queriendo aprovechar su valiosa cámara de fotos, compró comida para los bichos. De pronto Jaime desapareció de nuestra vista, las palomas le rodearon, se posaron sobre él, en su cabeza, en sus hombros, en sus brazos, revoloteaban en torno a sus bolsillos y el bueno de Jaime tuvo que huir de él mismo para sobreponerse del gran susto que recibió. Ese día comprendió él, y los que estábamos cerca, el acierto de Alfred Hitchcock al querer crear ese suspense con su estupenda película “Los pájaros”.

La tarde del 7 de noviembre viajamos hacia Padua y nos despedíamos de Venecia. Nos íbamos con gratitud colectiva. La Real Academia se había hecho presente en ciertos lugares, pues siempre enarbolábamos nuestra condición de académicos, e intentábamos dar a conocer en los distintos foros de cultura nuestra condición, actividades y propósitos.

## XI. EN PADUA, CON SAN ANTONIO

(UN PORTUGUÉS QUE CONTROLA EL TIC-TAC DE LOS CORAZONES)

---

Una vez alojados en un buen hotel en las afueras, nos fuimos en una furgoneta ofrecida por el propio establecimiento hasta la ciudad. Situada en la región del Veneto, apreciamos su bonito centro histórico y la universidad, que acondicionaba los edificios regios para tal fin. Había mucho que ver, aunque nuestro tiempo ya era escaso.

Nos dirigimos hasta la Basílica del Santo, sin duda uno de los santuarios más concurridos de Italia y, también con seguridad, uno de los más conocidos. Se comenzó a construir en 1232, en torno a la tumba de San Antonio que, aunque nacido en Lisboa en 1195, murió en ese lugar en 1231.

El monumento es impresionante por dentro y por fuera. Y aunque nos encontrábamos algo cansados, logramos reponernos ante la majestuosidad, limpieza y esplendor artístico del sitio. Es de estilo románico-gótico, pero ha atenuado la sobriedad de tales escuelas, dando la sensación de cierta alegría por los elementos venecianos, bizantinos e islámicos que se integran armónicamente en su arquitectura.

La iglesia se presenta cubierta por ocho cúpulas y varios campanarios similares a minaretes. Delante de la fachada a un lado, se encuentra la famosa estatua ecuestre del condotiero Gattamelata. El personaje era Erasmo da Narni y fue realizada en 1453, fundida en bronce y colocada sobre un pedestal, la llevó a cabo Donatello. Eduardo Naranjo se acercó a un quiosco para comprar postales del monumento, otros hicieron lo mismo y todos entramos en el templo. Ahí vimos que se encuentra dividido en tres altas naves, con un profundo presbiterio.

Haría falta mucho espacio para describir un contenido tan artístico. Nos sorprendió la castidad de fieles que participaban en los oficios religiosos que a esas horas de la tarde-noche allí se celebraban. No me refiero a turistas que van pasando

sorprendidos por el lugar, sino a católicos o devotos del santo que ahí se concentraban en aquellos momentos.

En el brazo izquierdo del transepto de la iglesia se encuentra la capilla del Arca del Santo. El personal se ocupó de visitar aquí todos los detalles relacionados con San Antonio. En el templo hay muestras numerosas de importantes artistas y en la Plaza del Santo, además de la estatua ecuestre que hemos mencionado, se hallan otros elementos dignos de visitar. En un ángulo de la misma divisamos el Museo Cívico, que es uno de los más importantes de esa región para estudiar la pintura veneciana.

## XII. GIOTTO

(UN POSTRE DE LUJO PARA DECIR ADIÓS A ITALIA)

---

Dante fue contemporáneo de un personaje que ocupará la última parte de nuestra noche de Padua; su nombre Giotto di Bondone. Y de él el gran poeta toscano creyó que era el primero entre los pintores de su tiempo.

Nuestros compañeros del pincel sentían una verdadera ansiedad por visitar la obra que había dejado en las paredes.

A juicio de no pocos, sus trabajos supusieron una verdadera revolución en la concepción artística de aquel tiempo, lo cual no era cosa pequeña considerando que hablamos de un espacio geográfico donde la creación y la afluencia de las artes fue espectacular y singular en los siglos XIII y XIV.

Tal impacto supuso este Giotto que no tardó en pasar a ser un personaje casi mítico, propio de leyendas que ensalzan las genialidades. Cuentan que el gran maestro italiano *Cimabue* pasó por el valle de Mugello, al norte de Florencia, y vio pintar a un pastor sobre una tabla. Le ofreció cobijo y lo llevó con él para adiestrarle en el arte de la pintura. La historia es ingenua y hermosa.

Nos acercamos hasta el museo que encierra en la capilla un conjunto de frescos. Se trata de la narración seriada de las vidas de Cristo y de la Virgen. Se estima que este trabajo tan singular lo concluiría el pintor a comienzos del siglo XIV. El lugar estaba estupendamente dotado para que los visitantes gozaran de las bellezas que allí se guardan. De tal manera que en ese día nuestro grupo fue el último que accedió a la contemplación de la obra. Al pasar nos proyectaron una información con imágenes de la historia del lugar y del Giotto. La capilla que encierra los frescos es senci-

lla y modesta. La representación pictórica parece hecha sin pretensiones. De tal forma que las obras son humanas, sin anhelos perfeccionistas más propio de la pintura religiosa anterior. No había allí colores vivos tan queridos en el estilo bizantino, por el contrario se apreciaba suavidad, nada de estridencias, tonos pálidos. Nos despierta la creencia de si la pretensión del autor fuera mostrar más la humanidad que la divinidad.

Partimos luego a retomar el pequeño autobús que nos facilitaba el hotel. Pero en las cercanías de la parada encontramos una pequeña tienda abierta y allí recalamos con enorme contrariedad de la dependienta, pues le alterábamos la hora del cierre y pretendía disuadirnos de las compras. Pero nosotros, ya más cansados y con hambre, tomamos dulces, refrescos, queso y lo que nos parecía. María Dolores Lozano era partidaria de habernos ido a cenar a lugar más confortable, para disfrutar de Padua y sosegarlos en conversación. Pero no lo encontramos en las proximidades, y era tarde, así que aprovechamos lo que encontramos, que esa es una manera práctica de acoplarse a lo que hay, sobre todo en un viaje tan denso de actividad.

Nuestra visita a Italia tocaba a su fin. A la mañana siguiente debíamos tomar el avión.

### XIII. DE VENECIA A MADRID

(¡ARRIVEDERCI!)

---

Regresamos hasta Venecia. Era día 8 de noviembre. Nuestros equipajes pesaban más, habíamos incorporado libros, folletos y regalos.

Volábamos hacia Madrid tras unas jornadas donde, como compañeros, habíamos compartido tiempo, pan y belleza. Todo ello había servido para confraternizar y, sobre todo, para hacernos más amigos de los amigos.

¿Había estado bien elegido el sitio para celebrar estos XXV años de la fundación de la Real Academia de Extremadura? Pues con todos los inconvenientes de organización y las deficiencias observadas ya en marcha, como es connatural a todos estos proyectos, creo que había merecido la pena hacerlo. Al menos eso me han manifestado posteriormente las personas que acudieron.

¿Había estado bien elegido el lugar? Seguramente sí. Pues para cultura... Italia. Todavía sigue en toda Europa el viejo proverbio que señala “todos los caminos llevan a Roma”. La cultura italiana supone en nuestro tiempo una centralidad en occi-



dente. Las ciencias de la naturaleza son conocidas universalmente por su nombre latino. Pero la Italia que nosotros vimos no es sólo un gran museo, es una nación moderna, culta, emprendedora y capaz de haber sobrevivido a las ciudades-estado que sentaron las bases de un gran lugar comercial y financiero.

Italia es una flecha que se cuela en el Mediterráneo y por ello es el país europeo que más costas tiene en ese mar, y Roma todavía es, en el recuerdo y en no poca influencia, la *caput mundi* para muchos millones de personas. Por ello también un viaje a la “Bota” para un español no es volar al extranjero; seguramente es más propio decir que vamos a visitar a unos parientes, a unos vecinos a los que les alquilamos o nos alquilan casas o palacios, a sitios que llevan nombres de los nuestros, a iglesias que fundaron paisanos españoles.

Habíamos viajado al centro del viejo imperio al que enviamos emperadores de nuestro suelo y sangre. Italia, país hermano, pintoresco y avanzado, variado y sublime, divertido y culto, bohemio e industrial, es un lugar de contrastes, para nosotros ha sido una oportunidad pasear corporativamente el nombre de la Academia y enriquecernos culturalmente. Es hora de expresar nuestra gratitud a los compañeros que nos precedieron en esta corporación. Tomemos así conciencia de nuestro papel de eslabón en el largo camino por delante. Dentro de veinticinco años la Real Academia de Extremadura celebrará su medio siglo de existencia. Otros recordarán este viaje que hemos hecho. Ojalá que de aquí a allá sepamos cumplir del mejor modo nuestra tarea, sabiendo que, en verdad, nunca llueve a gusto de todos y que las obras humanas, aun con las mejores intenciones puestas en los proyectos, son imperfectas. Comprender esto es ratificar que la sabiduría no reside siempre en la erudición y el saber académico, sino en el sentido común y la buena voluntad.

Mucho de lo vivido fue objeto de nuestras cavilaciones según volábamos a España.

En Barajas nos despedimos. Los compañeros de Madrid retornaron a sus casas y otros continuamos hacia Extremadura.

Al pasar por Mérida ya era tarde y pensé, hasta aquí llegó la larga mano de Roma, y no sé por qué entendí un poco mejor esa “vocación europea” de la que tanto se habla y poco se piensa.

Concluyo esta crónica sabiendo que hay siempre sensaciones e intuiciones que se escapan al papel y a las que es difícil ponerle letra. Pero baste lo aquí dicho para apuntalar la memoria cuando pase el tiempo.

## VIAJE DE LA REAL ACADEMIA DE EXTREMADURA A ITALIA

### Día 30 de octubre de 2005, domingo: Madrid-Roma

- Viaje de Madrid-Roma en vuelo regular de Iberia, con partida a las 19,40 horas. Deberemos estar en el aeropuerto con tres horas de antelación, es decir, a las 16,40 horas (cinco menos veinte de la tarde).
- Llegada a Roma a las 22 horas, traslado al hotel y alojamiento.

### Día 31 de octubre, lunes: Roma

- Se dedicará toda la mañana íntegra a visitar los Museos Vaticanos (Capilla Sixtina, Estancias de Rafael, etc.) y la Basílica de San Pedro. **Nota:** se hacen gestiones para visitar el Archivo o la Biblioteca Vaticana, como tal Academia de Extremadura. Tras el almuerzo, el resto de la tarde podrá dedicarse a visitar algunos de los lugares monumentales de la ciudad, como San Pablo extramuros (claustro medieval, importantes mosaicos, siglo V al XII), Santa Sabina (puertas talladas del siglo V con escenas del A. y N. Testamento), etc., o podremos pasarla en el Trastevere, visitando alguna de sus importantes iglesias, como la de Santa María o la de San Pietro in Montorio, que mandara edificar el rey católico, donde también contemplaríamos el celebrado templete de Bramante y la Academia Española. **Nota:** la visita a San Pietro in Montorio, en cualquier caso, quedará condicionada a la visita a la Academia Española, de la que queda pendiente todavía día y hora.

### Día 1 de noviembre, martes: Roma

- *Mañana:* Galería Borghese, previo concierto visita (Paolina Borghese por Canova; obras de Bernini: David, Apolo y Dafne, Eneas y Aquiles...); obras de Rafael y Caravaggio, Rubens, Tiziano, etc. Almuerzo.
- *Tarde:* Plaza Navona (fuente de Bernini) e iglesias de Santa Inés (Borromini), San Luis de los Franceses (pinturas de Caravaggio), Santa María Supra Minerva (Bernini, Miguel Ángel, Filippino Lippi, etc.); Panteón e iglesia del Gesù, según proyecto de Vignola (altar de San

Ignacio, ideado por Andrea Pozzo).

**Nota:** se están haciendo gestiones para, en cualquier momento, poder celebrar la santa misa en la iglesia española de Montserrat, cercana, y ser recibidos como Academia de Extremadura por el gran historiador P. Novalín, rector de dicha iglesia y centro de estudios, que cuenta con importantísimas obras de arte y magnífica Biblioteca.

### **Día 2 de noviembre, miércoles: Roma**

- *Mañana:* Museo Berberini (arquitectura de Maderna, Bernini y Borromini), con importantes tablas góticas y primeras muestras de Filippo Lippi; obras de Rafael (La Fornarina), Holbein, Caravaggio, Romano, Sodoma, el Greco, Ribera...; iglesia de San Carlino en las Cuatro Fontanas (soberbia arquitectura de Borromini en un mínimo espacio; en la cripta, enterramiento de Federico Madrazo; biblioteca del placentino Benavides Checa en el convento anejo); plaza de la República e iglesias de Santa María de los Ángeles (según trazas de Miguel Ángel en las termas de Diocleciano y con impresionantes columnas del antiguo edificio traídas de Egipto); Santa María de la Victoria (éxtasis de Santa Teresa de Bernini) y basílica de Santa María la Mayor. Almuerzo.
- *Tarde:* Plaza del Popolo e iglesia de Santa María del Popolo (pinturas de Pinturricchio, Rafael, Caravaggio, etc.), bajada en paseo por la vía del Corso hasta la altura de la iglesia de San Carlos (cúpula de Pedro de Cortona) y, desde ese punto, dirigirnos a la Plaza de España, con continuación a la Fontana di Trevi, plaza Colonna e iglesia de San Ignacio (célebre pintura ilusionista de la inexistente cúpula, por Andrea Pozzo).

### **Día 3 de noviembre, jueves: Roma-Florencia**

- *Mañana:* Plaza del Campidoglio, según Miguel Ángel, con los museos y pinacoteca capitolinos (estatua ecuestre de Marco Aurelio, el Galo moribundo, el Espinario, la Loba capitolina, la Cabeza de la Medusa de Bernini; pinturas de Tiziano, Caravaggio, Pietro de Cortona, Guercino, Velázquez, etc.); desde allí accederemos a la iglesia de San Pedro in Vincoli, cerca del Coliseo (Moisés de Miguel Ángel), para dirigirnos luego a la Basílica de San Juan de Letrán, con parada en la iglesia de San

Clemente (descenso a la basílica inferior, con frescos del siglo X, y al mitreo, siglos II al IV) y en la iglesia de los Cuatro Santos Coronados (ciclo de la vida de Constantino).

- Almuerzo y salida hacia Florencia, con alguna parada antes de la llegada a la ciudad del Arno.

#### **Día 4 de noviembre, viernes: Florencia**

- Se dedicará todo el día a visitar la ciudad, con parada para el almuerzo: San Marcos (fray Angélico), Academia (David y otras esculturas de Miguel Ángel; pinturas de Allori, etc.); Catedral y Baptisterio; Plaza de la Signoria (el Perseo de Cellini); Santa Croce, etc., etc. La visita a la Galería de los Uffizi, tan pronto dispongamos de las entradas.

#### **Día 5 de noviembre, sábado: Florencia-Venecia**

- Se dedicarán las primeras horas de la mañana a completar la visita de Florencia y realizar alguna compra. Está previsto el almuerzo en ruta, concretamente en Bolonia, camino de Venecia, y una breve visita de esta ciudad, según tiempo disponible.

#### **Día 6 de noviembre, domingo: Venecia**

- Mañana y tarde, visita a la ciudad, con almuerzo.

#### **Día 7 de noviembre, lunes: Venecia-Padua**

- Mañana, visita a la ciudad; almuerzo y salida posterior a Padua.

#### **Día 8 de noviembre, martes: Padua-Venecia-Madrid**

- La salida del avión será hacia las doce de la mañana, debiendo estar en el aeropuerto de Venecia con suficiente antelación.



SANTIAGO CASTELO, MANUEL TERRÓN Y FRANCISCO TEJADA HACEN ENTREGA A DOÑA ROSARIO OTEGUI, DIRECTORA DE LA ACADEMIA DE ESPAÑA EN ROMA, DE UN FACSIMIL DE "LAS REGLAS DE PERSPECTIVA", DE VIGNELA.



EL ESCUDO DE BADAJOZ CAMPEA EN LOS SOPORTALES DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA EN ROMA.



LOS ACADÉMICOS MANUEL PECELLÍN Y FELICIANO CORREA POSAN DELANTE DEL RECUERDO AL ESCRITOR VALLE INCLÁN.



EN LA IGLESIA ESPAÑOLA DE SANA MARÍA DE MONTSERRAT SE APRECIA EL CENOTAFIO DEL REY ALFONSO XIII, MUERTO EN 1941 EN ROMA.



DELANTE DE LA GALERÍA BORGHESE, DONDE UNOS MINUTOS DESPUÉS DEPARTIRÍAMOS CON EL MINISTRO MIGUEL ÁNGEL MORATINOS, APARECE EL DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE EXTREMADURA CON EL AUTOR DE ESTA CRÓNICA.



M<sup>a</sup> JOSÉ SEDEÑO Y M<sup>a</sup> DOLORES LOZANO EN LAS INMEDIACIONES DE LOS MUSEOS CAPITOLINOS.





LA BIBLIOTECA DE SAN CARLINO DE LAS CUATRO FUENTES NOS SORPRENDIÓ A TODOS, Y LE HICIMOS ENTREGA DE ALGUNAS PUBLICACIONES EN LA QUE HAN INTERVENIDO LOS ACADÉMICOS, MIENTRAS NOS DELEITÁBAMOS CON LOS EJEMPLARES ALLÍ CUSTODIADOS. AHÍ APARECE, ENTRE NUESTROS COMPAÑEROS, EL PADRE TRINITARIO PEDRO ALIAGA.



LA HORA DE COMER ERA OCASIÓN ESPLÉNDIDA PARA LA TERTULIA Y EL DESCANSO.



LOS ACADÉMICOS ASISTENTES, AL VIAJE EN LA SEDE DE LA ACADEMIA DE ESPAÑA.



EN LA VISITA A LOS MUSEOS VATICANOS, QUE RESULTÓ MUY DIVERTIDA CON NUESTRO GUÍA CLAUDIO.



LA DIRECTORA DE LOS MUSEOSCAPITOLINOS DANDO EXPLICACIONES A LOS COMPONENTES DE LA EXPEDICIÓN.



EL TURISMO FORMABA PARTE DEL VIAJE. Y ROMA OFRECE SIEMPRE CON CRECES ESPACIOS PARA LA CONTEMPLACIÓN Y EL ENTRETENIMIENTO.